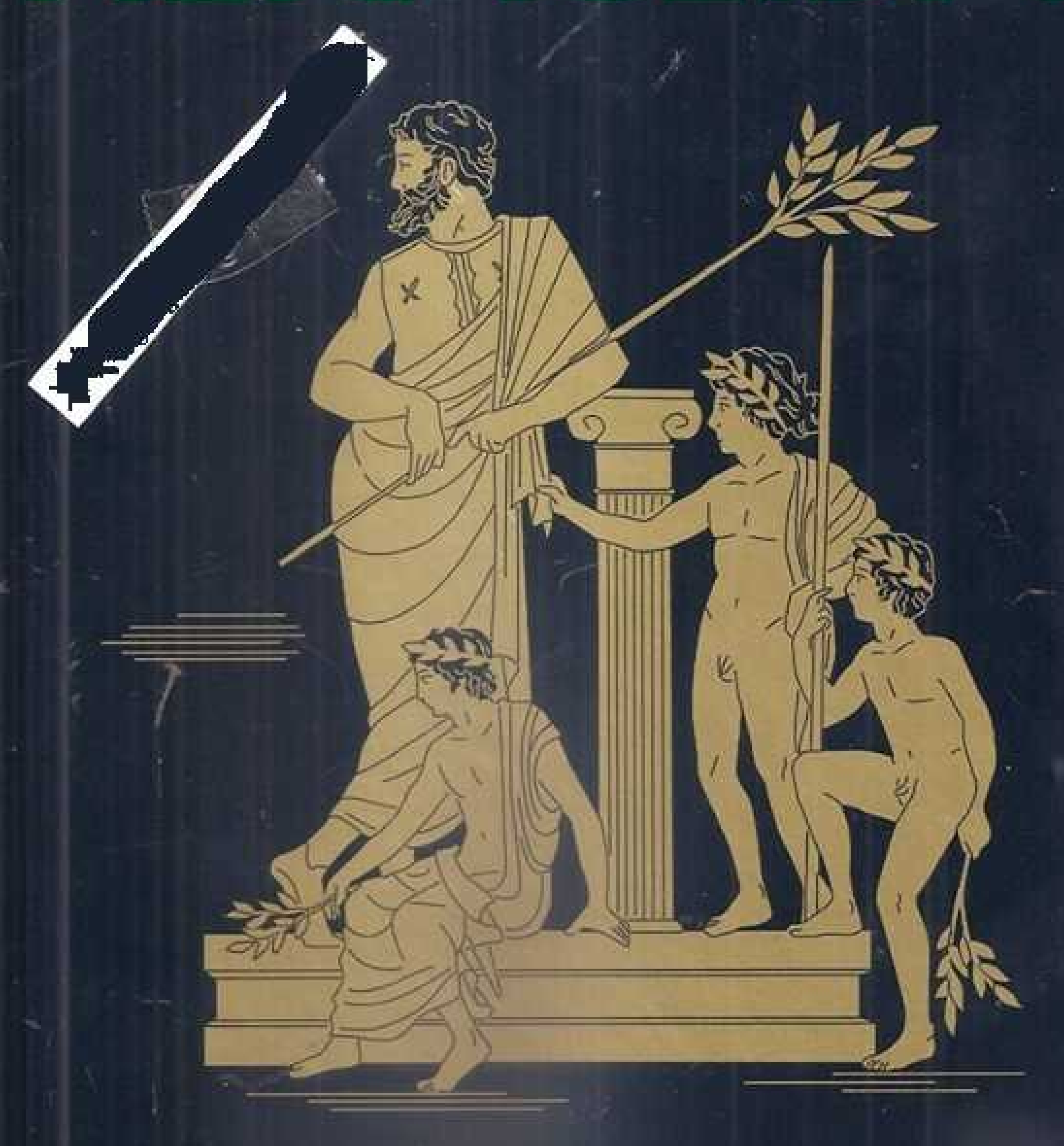
EL REGRESO DE LOS

HERACLIDAS

[redacted]



GREDOS

EL REGRESO DE LOS HERACLIDAS



MITOLOGÍA
GREDOS

© David Hernández de la Fuente por el texto de la novela.
© Juan Carlos Moreno por el texto de la pervivencia del mito.
© 2017, RBA Coleccionables, S.A.U.

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Clàudia de Puig Ripoll
Fotografías: archivo RBA; Album
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de
esta publicación puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-9099-1
Depósito legal: B 22226-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Sin la intervención de los dioses ningún hombre consigue ser feliz ni desgraciado. Ni tampoco una misma casa se encuentra siempre en la prosperidad. Un destino diferente sigue a otro.

Los heraclidas, Eurípides

Dramatis personae

Los heraclidas

TLEPÓLEMO – hijo del héroe y suplicante del segundo oráculo.
HILO – guía de los heraclidas tras la muerte de Yolao.
MACARIA – hija de Hércules y Deyanira, se sacrifica por sus hermanos para cumplir el oráculo.
CTESIPO – hijo de Hércules.
AGELAO – primer biznieto de Hércules.
TÉMENO – nieto de Hércules, intérprete del tercer oráculo.

Los mortales

YOLAO – sobrino y compañero de armas de Hércules y guía de los heraclidas.
ALCMENA – reina de Micenas y madre de Hércules.
COPREO – heraldo de Euristeo.
EURISTEO – rey de Argos que encarga los doce trabajos al héroe por orden de Hera, perseguidor de los heraclidas.
DEMOFONTE – rey de Atenas protector de los descendientes de Hércules.
DEYANIRA – hija de Eneo, rey de Calidón y última esposa mortal de Hércules.

Los inmortales

HÉRCULES – hijo de la reina Alcmena y Zeus, le es otorgada la divinidad tras realizar doce trabajos extraordinarios que Euristeo le impone por voluntad de Hera.
ZEUS – señor del Olimpo unido en matrimonio a la diosa Hera y padre de Hércules.
HERA – reina del Olimpo y esposa de Zeus, cuyos celos por el nacimiento de Hércules harán que lo persiga durante toda su vida mortal.
HEBE – hija de Zeus y Hera, diosa de la juventud y última esposa de Hércules.
Apolo – dios de las artes y la adivinación, inspirador de los oráculos de Delfos.

1

Un oráculo primordial

Alcmena, la madre desconsolada de Hércules, levantó lentamente su velo, aún húmedo de lágrimas por el recuerdo del luto, y dirigió sus lastimeros pasos hacia lo más recóndito del santuario. Mientras recorría la columnata del templo de Apolo le costó luchar contra los recuerdos de las andanzas de su hijo, que no conocía límites. Lejos quedaba la gloria de Hércules, y el presente era triste y lleno de oprobio para su linaje. Con la consulta al oráculo, que había pasado por el visto bueno de los sacerdotes del recinto sagrado donde la habían acogido, y tras prepararse con las preceptivas ofrendas, las purificaciones y las plegarias necesarias para inquirir al gran dios de Delfos, solo le quedaba esperar unos instantes ceremoniales. Finalmente, entró en la cámara secreta donde se pronunciaría la pregunta; a cambio, la extática pitia ofrecería una respuesta, ininteligible para los oídos humanos.

Habían sido ya muchos los golpes adversos de la fortuna que, por los designios de Hera, señora del Olimpo y esposa de Zeus, habían sufrido. La diosa, sintiéndose traicionada por el prodigioso vástago que su marido había encarnado con la mortal Alcmena, había asistido en todo al rival de Hércules, Euristeo, favoreciendo su ascenso al trono de la Argólida. El rey Euristeo, tras obligar al hijo de Alcmena a realizar doce prodigiosos trabajos, temía que un día los hijos del héroe vengaran las vejaciones a las que había sometido al padre. Por ello perseguía sin tregua alguna a la familia del difunto héroe, forzándola a un exilio perpetuo de la vieja Tebas, así como de la que intuían que era su tierra por derecho, el Peloponeso, todo ello entre la persecución y las burlas de sus enemigos y la indiferencia de los extraños.

—Concédeme, Apolo —dijo la reina Alcmena— tu voz oracular y siempre ambigua en respuesta a mis anhelos. Dime cuándo volveremos a pisar la tierra de nuestros padres; cuándo dominaremos la ciudadela de Micenas, el distrito de Argos, la regia Esparta; cuándo la sangre de mi sangre, los hijos de Hércules y sus hijos, Hilo y los demás retoños, podrán reclamar la herencia injustamente arrebatada por el cruel rencor de Hera.

En ese momento, los sacerdotes dieron un paso atrás con respeto reverencial, al oír el nombre del recientemente fallecido Hércules. Las circunstancias insólitas de la muerte del héroe y de su apoteosis provocaron que el silencio se hiciera aún más denso. Seguidamente, y después de haber rodeado a la reina ahora envejecida por el dolor y los años, los sacerdotes la condujeron al centro del recinto sagrado. Solo se retiraron al llegar frente a la pitia que, sentada ante el

trípode, empezaba a suspirar con un aliento pesado a laurel y efluvios volcánicos, cabeceando de un lado a otro según la respiración se le tornaba más entrecortada. El ronco rumor que emitía, cada vez más parecido al de un animal hibernado, se tornó al momento en una serie de gemidos desgarrados, entre los cuales era posible intuir algunos intentos de pronunciar lo que sin duda eran palabras de una lengua antiquísima y vedada al común de los mortales.

El temblor que comenzó en la cabeza de la pitia se apoderó enseguida del resto de su cuerpo, desde los tobillos a los brazos, que se movían al compás de la oscilación cadenciosa de sus sienes. La mujer divina, en trance de posesión apolínea, parecía elevarse por entre el humo surgido de la grieta en el suelo del templo de Apolo para espanto y pavor de los presentes. Aunque estuvieran acostumbrados a semejante portento, ninguno de los sacerdotes podía obviar el poder divino que se manifestaba allí. Nunca era igual, nunca era suficientemente contemplado aquel prodigio. Transcurrido el tiempo prudencial para que la pitia se calmara, y dejándola ya sosegada y canturreando una letanía incomprensible, los sacerdotes y Alcmena salieron en comitiva del interior del santuario. Fuera podían ya sentarse, refrescarse y reflexionar sobre lo que habían visto y oído. Pasó el tiempo de rigor para que los intérpretes de la voz de Apolo pudieran dilucidar un significado que fuera comprensible para la mente humana de las manifestaciones divinas que allí se habían producido. Los arcanos expresados excedían el sencillo entendimiento de los mortales.

—Reina exiliada —le dijo el sacerdote con una solemnidad no carente de estremecimiento—, escucha las palabras



Alcmena observó a la pitia mientras pronunciaba palabras en una lengua extraña.

del dios. Dice Apolo que «cuando los polluelos del águila se refugien en la montaña de miel y se cumpla el tributo predestinado de la sangre, solo entonces comenzará el nuevo ciclo de los heraclidas sobre su tierra y el regreso que sentará las bases de un dominio milenario sobre el Peloponeso, siempre que se escuche la voz del ambiguo flechador».

Exclamaciones de júbilo estallaron entonces entre el grupo de exiliados que se congregaba fuera del templo, perseguidos por el rencor de Euristeo y, en último término, por la cólera de Hera. Refugiados del sol a la sombra de las columnas del pórtico, uno de ellos se adelantó con una mirada de esperanza. Era el anciano Yolao, antaño mano derecha del heroico Hércules en sus muchas hazañas. Vestía harapos, coronas y cintas de suplicante. Su mirada estaba provista de un extraño brillo, que contrastaba con la debilidad de sus miembros. Estaba decidido, y con un gesto lo transmitía, a emprender el camino interrumpido, pues merced a una inspiración repentina había creído entender el sentido del oráculo. Se volvió hacia el nutrido grupo de niños y adolescentes que lo acompañaban y, tras contemplarlos uno a uno, volvió a situarse ante ellos, irguiendo la espalda tanto como le permitían los años, orgulloso de aquellos vivaces descendientes del legendario Hércules.

Mientras esperaban el resultado de la profecía, los pequeños hablaban y jugaban entre ellos. Sus edades oscilaban entre los dos y los catorce años, pero hasta en los más pequeños de entre ellos se podía atisbar la herencia del gran Hércules, su padre. Los varones más jóvenes habían heredado del hijo de Alcmena la pericia y la osadía, e incluso unos bracitos recios, capaces de estrangular serpientes en la cuna. En los

adolescentes, la inusitada corpulencia de los torsos recordaba a la del gran héroe, que ya en su juventud dio muerte a más de una bestia terrible. Al verlos así reunidos al salir del templo, conmovida todavía por haber presenciado el éxtasis de la pitia, a Alcmena se le antojó que todos aquellos muchachos encarnaban diversas facetas de su propio hijo. En cierto modo hacían que el héroe reviviera y ella sentía como si estuviera presente en un solo lugar en todos los momentos de su niñez y juventud, aquellos que Hércules pasó junto a su madre. Solo faltaba uno de los heraclidas, Hilo, que, con algo más de edad, ya brotado el bozo de sus mejillas, había escapado a tiempo de la comitiva que guardaba a los jóvenes cuando estaban en custodia en Argos, pendientes de juicio, y había huido al monte con un grupo de partidarios con la idea de organizar una venganza contra el cruel rey Euristeo.

Ajenos a los pensamientos de su majestuosa abuela, los niños jugaban a las puertas del santuario. Entre ellos destacaban las bellas caras de Macaria, Ctesipo y Tlepólemo: el más pequeño, Ctesipo, intentaba atrapar una cigarra que saltaba entre las hierbas de la vía sacra. Tlepólemo, por su parte, mucho más pensativo y taciturno, optaba por rascar con un palo los intersticios de unas piedras, en busca de lagartijas tornasoladas. Entre la algarabía y los juegos que rodeaban a los más pequeños descollaba la figura de la hermosa Macaria, que abandonaba la niñez un poco más cada día. Con la mirada perdida en el horizonte, la joven intentaba vislumbrar antes de tiempo lo que el oráculo traería para ella y sus hermanos, para el futuro de los hijos de Hércules.

Todo ese bullicio se detuvo cuando Yolao avanzó al oír la profecía. Ctesipo había logrado atrapar la cigarra, de un color

verde esmeralda intenso, y la llevaba en la mano. Cuando los rayos del sol incidieron sobre ella, despidió un fulgor insólito desde sus élitros, como si contuviera también una profecía visual del brillo futuro de la dinastía exiliada.

—El ambiguo dios ha evidenciado esta vez con señales certeras el rumbo que han de tomar nuestros pasos —les anunció Yolao.

Los más pequeños se agitaron, expectantes. Sentían aquella marcha perpetua como un juego, un viaje acaso eterno en el que persiguieran los animales de la tierra y señalar las aves del cielo, bañándose en frescos ríos o cantando junto al fuego. Los mayores, sin embargo, eran conscientes de que las palabras que pronunciaría el antiguo compañero de Hércules marcarían su destino para siempre.

—Dinos, anciano —le interpeló la joven Macaria—. ¿A qué te refieres?

Yolao no dilató más su respuesta. No pretendía atraer la atención sobre sí, sino entender por sus reacciones cuantos de ellos habían alcanzado la madurez.

—Creo entender que hemos de marchar a Atenas —repuso el anciano—, donde la abeja ática nos ha de proteger. Es la tierra por excelencia de acogida a los refugiados y exiliados. Allá hemos de ir.

Pero una cosa le quedó por interpretar al anciano Yolao del oráculo de la pitia. Entre las inconexas sílabas que había proferido su delirante boca había algunas que inducían a pensar que los heraclidas deberían honrar especialmente al dios de la lira y la adivinación o de lo contrario tardarían mucho más de lo que pensaban, aun cumpliendo sus estrictas condiciones, en regresar a su país. Sin embargo, esta apostilla

a la profecía les pasó desapercibida a los jóvenes reunidos en torno al templo de Apolo, entusiasmados por tener un destino claro a donde huir. Hacía tiempo que ninguna ciudad griega había consentido, merced a las amenazas inmisericordes del cruel Euristeo, dar refugio a aquellos niños, que formaban parte de la desdichada familia de Hércules.

El anciano Yolao había asumido como tarea vital con sus mermadas fuerzas conseguir que los más pequeños de los heraclidas, hijos y nietos del héroe, escaparan de un funesto destino. Aunque Hilo y algún otro de sus hijos mayores, habidos con la desdichada princesa Deyanira, habían logrado refugiarse clandestinamente en alguna corte, la mayor parte de los indefensos descendientes de Hércules vagaba sin rumbo.

Bajo la guía del renqueante Yolao, recorrieron Tesalia y sus llanuras extensas, las montañas de Beocia y la tierra de nadie que la separa de Atenas, buscando en vano un refugio. Pero los espías de Argos tenían muchos ojos y muchas lenguas dispuestas a contarles a los enviados de Euristeo el paradero de aquella familia fugitiva. Y por medio de sobornos y las más variadas estratagemas habían logrado trenzar una densa red de informantes que estrechaban el cerco de los pequeños heraclidas. Cada ciudad les cerraba las puertas a su paso, al haberse anticipado las amenazas de la poderosa Argos.

—Rápido, hijos míos —dijo Yolao—, intentemos llegar cuanto antes al último puerto de nuestra esperanza, la gran ciudad de Atenas, pues eso es lo que nos urge a hacer la voz del deslumbrante Apolo, menos ambigua que de costumbre. El oráculo nos ha servido por ahora de refugio, pues todos lo respetan, pero hemos de marchar como suplicantes errabundos, cruzando los límites de una ciudad tras otra, hasta llegar al

puerto más seguro. Venid, muchachos descendientes de noble estirpe, traed de la mano a vuestra bisabuela y abuela Alcmena para hacer un último esfuerzo en pos de un refugio seguro.

Había noticias de que el heraldo de Euristeo, Copreo, se dirigía al encuentro de los fugitivos. Lo acompañaba un pequeño destacamento militar, y estaba secundado no muy lejos por algunos otros soldados reunidos de entre los muchos partidarios de Euristeo, un contingente argivo que se había desplegado en la zona fronteriza del Peloponeso. Trataría de interceptar la huida de los heraclidas, capturar al anciano Yolao, a la madre del héroe y a sus descendientes, y llevarlos a Argos para ejecutarlos vilmente. La excusa era una condena por parte del consejo de notables de Micenas que había declarado, a instancias del rey Euristeo, que aquellas pobres gentes constituían un peligro para la ciudad, difícil peripecia la de los heraclidas capitaneados por dos ancianos abrumados por los años y por la desazón.

Sin embargo, aquellos testigos de la gloria de su padre, errantes, vestidos de suplicantes, con sus diademas y cintas simbólicas para acogerse al derecho sagrado de la hospitalidad, continuaron el camino hacia Atenas que les señalaba el oráculo. Así, llegaron al territorio del Ática después de un trayecto accidentado e inseguro por los caminos secundarios, contando con la simpatía de pastores y gentes sencillas que aún recordaban las hazañas de Hércules, que limpió la tierra helénica de monstruos, bandidos y peligros.

◦◦◦

Entraron finalmente en Atenas en una fila desvalida, lenta y muda, cogidos unos de las ropas de otros, y flanqueados por

todo el pueblo ateniense que, según pasaban desde las aldeas rurales al centro de la ciudad, afluía al camino procedente del norte. Asombrados y pálidos de admiración ante el espectáculo insólito que se les ofrecía, los atenienses derramaban copiosas lágrimas por la suerte de aquellos pequeños y de los dos ancianos. Tanta era la fama que les precedía que no hizo falta ningún heraldo de su desdicha para suscitar la compasión del gran pueblo de Atenas. Mientras tanto, el anciano Yolao saludaba con solemnidad a cada padre de familia que salía a su encuentro vestido con la túnica de las grandes asambleas, porque allí se intuía que habría de celebrarse una reunión de urgencia que decidiera la suerte de aquellos fugitivos. La comitiva se detuvo finalmente en el ágora donde ya no cabía nadie más.

—Bienvenidos a la ciudad de Atenas —dijo el heraldo público—, solar de la sabia Atenea y tierra de libertad y acogida.

—Gracias —repuso Yolao con gesto digno—. Vosotros que habitáis esta tierra, sabed que venimos aquí como suplicantes de Zeus, el gran dios de dioses y padre de todos, protector del ágora y también de los extranjeros.

La gente se agolpaba para oír las palabras del anciano, guardando un silencio memorable.

—El gran padre de los dioses —continuó Yolao— nos recuerda a todos la sagrada consideración de los huéspedes y de los extranjeros.

—Has hablado bien, noble extranjero —sentenció aquel heraldo—. Pero llamemos ahora al guía de nuestra ciudad, al rey amado por el pueblo, y voz también del mismo, para someter vuestra petición a su consideración en nombre del gran consejo de los atenienses.

En tanto, se produjo un revuelo de sandalias y cascos de caballo, rumor de arneses y metal desde el fondo. Llegó finalmente el carro del heraldo de Euristeo, con cuatro argivos, habiendo dejado atrás a su tropa fuera de los límites de la ciudad. También le protegía la consideración divina de aquel que proclama la voz de otro pueblo en el seno de la sagrada Atenas. Tras invocar a los dioses, Copreo exclamó:

—Atenienses, amantes de las coronas y la miel, vengo a reclamar la entrega de estos fugitivos condenados por mi patria. Vengo de muy lejos persiguiendo a estos insensatos que han osado escapar del poder argivo e informando allí donde se refugian de su triste condición y de su condena, para pedir que en ningún lugar tengan asiento y que sean de todos ellos expulsados para cumplir su destino. No os opongáis a los designios de los dioses ni a los decretos de los argivos. Como ciudad amiga que sois, tenéis el deber de entregárnoslos.

Como si las palabras que volaron de la boca del heraldo fueran una mano que se alzaba contra sus protegidos, Yolao hizo un ademán belicoso, como si quisiera proteger de ellas, aladas y mortíferas, a los pequeños con sus manos y su bastón. Mientras tanto, Alcmena lanzaba una mirada furibunda hacia el extranjero argivo, al que ya conocía demasiado bien.

—Deshonráis vosotros, argivos —clamó la mujer sin perder de vista al heraldo—, el culto a los dioses al tratar de arrastrarnos a la fuerza fuera de los templos divinos y de las ciudades donde hemos encontrado refugio, acogiéndonos a la sagrada súplica. Defendednos vosotros —añadió,

dirigiéndose a los atenienses— del oprobio y de la persecución del rey Euristeo.

El heraldo de Euristeo proyectó una mirada torva hacia Alcmena y Yolao, que pese a sus años se erguían desafiantes, la una como en la noche que acogió a un dios bajo la forma de su marido, y el otro como cuando antaño servía de escudero del gran héroe dorio y no rehuía el enfrentamiento con las más terribles fieras y criaturas.

—No te tengo miedo ni a ti ni a tu rey desdichado —le espetó decididamente Yolao— que ha querido acabar con todos los que son mejores que él. Díselo, y sabedlo bien tú y todos los tuyos en Argos, que este anciano luchará con todas las fuerzas que le queden para defender la vida de los herederos de Hércules.

Copreo enrojeció de ira y a punto estuvo de lanzar su bastón contra el anciano si no hubiera sido por la amenaza directa de la guardia del consejo de los atenienses. Dicha guardia tenía otro motivo de peso para su presencia: la misión de anunciar la llegada del rey Demofonte, soberano de Atenas, que acudía a la llamada de los magistrados y al revuelo del pueblo. La procesión real penetró entre la multitud de forma pausada y casi sincopada con la retirada del pueblo que abría paso con gran suavidad. Los guardias y heraldos anunciaron al representante de la ciudad de los atenienses, secundado por los sacerdotes e intérpretes de oráculos que habían acudido a su llamada al saber del asunto que se trataba.

—¿Qué situación es esta —preguntó Demofonte, imponiendo el respeto que su autoridad merecía entre todos los asistentes a aquella improvisada asamblea—, que un extranjero osa amenazar en una ciudad libre como la nuestra a los

que, siguiendo las inveteradas tradiciones de nuestra religión, se han acogido a ser suplicantes de Zeus?

∞

Los nobles se retiraron a deliberar durante un corto espacio de tiempo: debían informar a su soberano del estado de la cuestión, de los antecedentes y de las disposiciones legales, pero sobre todo era un asunto de otras normas más inveteradas, de leyes sacras y costumbres inmemoriales. Varios representantes de la ciudad de los atenienses explicaron a su soberano el asunto que había convocado allí a todos los notables de la ciudad: la petición de asilo de Yolao y los heraclidas, acompañados por la princesa Alcmena, frente a la pretensión del heraldo de Euristeo de llevárselos de vuelta a Argos. Era un asunto delicado para los atenienses, que en aquellos días no estaban inmersos en ningún conflicto importante y, sorprendentemente, se mantenían en paz con las ciudades más importantes del Peloponeso. Demofonte sopesó durante un largo intervalo la información que le proporcionaron. Luego, dirigiéndose a Copreo, pronunció estas palabras:

—Puedes volver a tu rey y decirle que no entregaremos a estos suplicantes que, cumpliendo todas las convenciones sagradas, se han acogido en el nombre de los dioses a la hospitalidad de esta tierra ateniense.

El heraldo se incorporó de un salto en su montura y respondió:

—¿Cómo es eso? ¿Vais a romper los acuerdos establecidos por nuestras respectivas ciudades acogiendo a estos enemigos declarados del pueblo argivo y osando incurrir en una flagrante ruptura del derecho que nos asiste?

Copreo, en su soberbia, había olvidado por un instante que él era el heraldo de un rey, pero no el rey mismo, por lo que no debía comportarse como si estuviera delante de un igual, aunque le transmitiera el mensaje de uno que sí lo era. Su impertinencia ratificó al rey ateniense en su decisión.

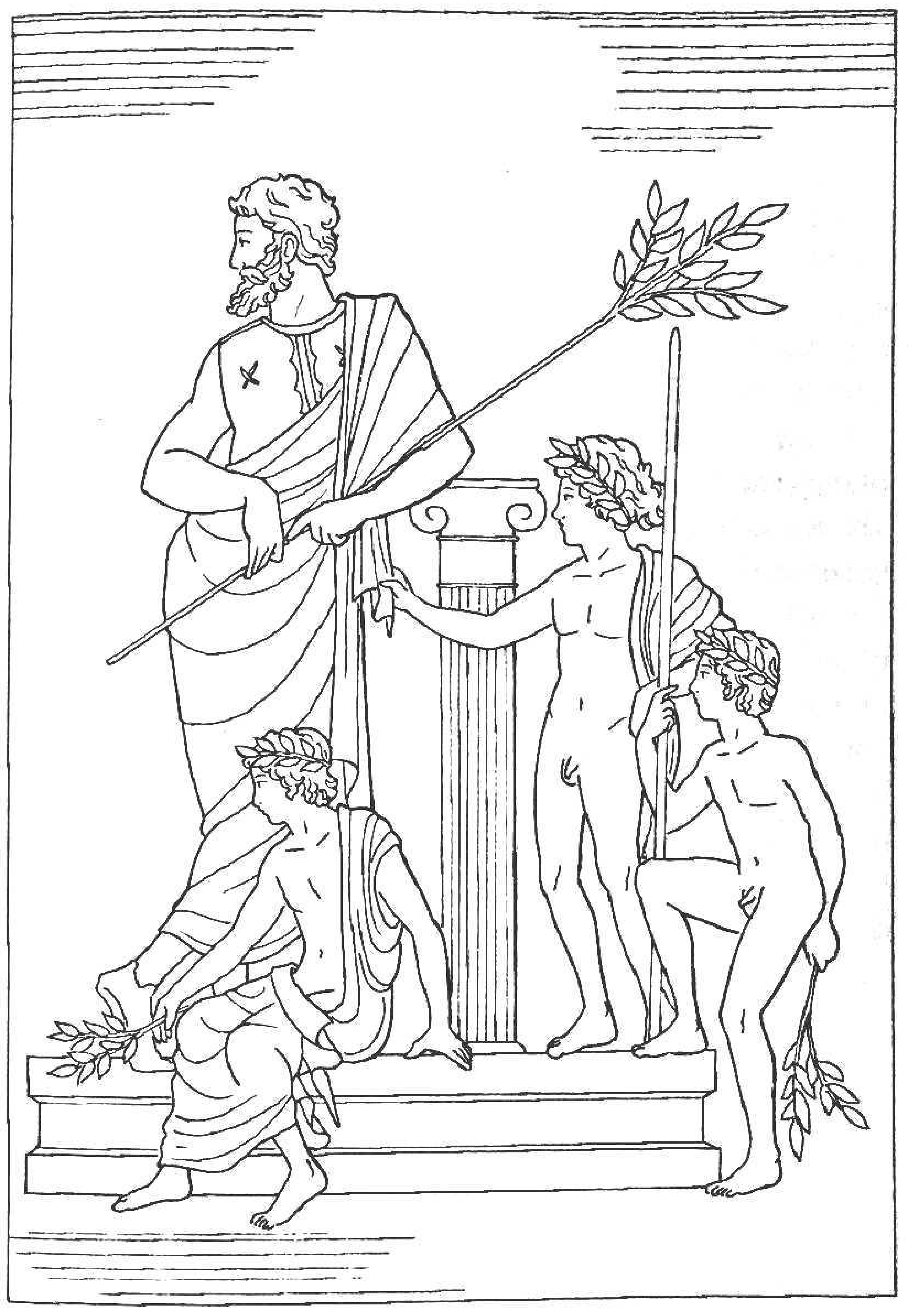
—Así es —respondió Demofonte—. Yo, tomando la voz de todo el pueblo de Atenas y también la de los más desvalidos, defenderé a estos suplicantes. No entregaremos a esos refugiados. Dile a tu rey que ningún daño le hacemos con ello al cumplir con el derecho sagrado, que es una norma superior para la política y la moral en nuestra patria, antes al contrario, es de respeto mutuo obrar así.

—¿Cómo dices? —gritó airado el heraldo, incapaz de controlarse—. ¡Esto es una burla! ¿Estás seguro de que quieres provocar la ira de mi rey? Piensa bien si os conviene desatar las hostilidades entre nuestros pueblos por un asunto tan menor como la entrega de un puñado de malhechores condenados en rebeldía por Argos y sus tribunales.

Copreo se dio la vuelta y, subiendo a su carro, arrió las riendas para regresar a toda prisa junto a la protección de su destacamento y marchar de regreso a Argos. Lo que había pasado significaba, irrevocablemente, la guerra. Demofonte también lo sabía, igual que sabía que prefería la dignidad que conllevaba aceptar el dictado de un rey extranjero.

◇◇◇

Muy lejos de allí, en los bosques de la inhóspita Tesalia, la gélida noche se conjuraba al amparo de una fogata que iluminaba los rostros de varios jóvenes abrigados con pieles. El crepitar de las llamas acentuaba sus rasgos hieráticos, mientras



Demofonte acogió en Atenas a los heraclidas, los enemigos del pueblo argivo.

intentaban escrutar en el fuego las respuestas a sus preguntas e inquietudes. Una figura destacaba entre todas ellas, con el pelo rojizo y rizado, nariz aguileña, pómulos saltones y una frente ancha, en la que parecía descansar toda la preocupación de sus compañeros recogiendo el testigo heroico de sus ancestros. Era el único que llevaba una piel de lobo, como marca de su juventud y de las pruebas que había tenido que superar en los montes durante su iniciación como guerrero, aunque también simbolizaba su caudillaje entre aquellos jóvenes asilvestrados que vivían en los bosques tesalios. Hilo, el hijo mayor y guardián del legado de Hércules, se puso en pie como si hubiera sido advertido por alguna voz misteriosa sobre el sentido de esas llamaradas en la noche fría.

—Queridos amigos —exclamó con voz recia—, ya sabéis cómo el malvado Euristeo persiguió en su día a mi padre Hércules con los doce trabajos imposibles que le impuso con el objetivo de lograr su destrucción. Así también a nosotros nos ha hostigado por tierra y mar con el odio y las fuerzas de sus tropas y sus navíos. Las últimas noticias que tengo de mis hermanos es que se dirigían hacia el oráculo de Delfos para pedir el consejo de los dioses. Cabe esperar que sea halagüeño y que los lleve a buen puerto, pero ahora debemos contar con nuestras propias fuerzas antes de pedir ayuda a los dioses. Conocéis la vida, pero también la muerte desmesurada del héroe y cómo, no contento con haber mortificado al gran Hércules, el indigno rey siguió persiguiendo a su descendencia de forma inmisericorde y los condenó a morir a todos. De no ser porque se habían escapado gracias a los dioses, serían ya todos un triste recuerdo. Ahora os imploro vuestra ayuda.

Había un silencio general, una mirada única a las llamas. Hilo prosiguió:

—Marchad por Tesalia, Epiro, Macedonia y Arcadia para reunir un ejército que pueda plantar cara a los impíos argivos. Hacedlo por la memoria de mi padre, que os contempla desde el firmamento y juzgará en su momento vuestros actos en pago a los muchos favores que os hizo limpiando vuestras tierras de monstruos y bandidos. Nunca olvidéis las misiones del héroe.

Y al oír estas palabras los cazadores, pastores y caudillos de los tesalios elevaron la vista de las llamas hacia los ojos de fuego de Hilo, como si desde todas las direcciones de la Hélade hubiesen traído ya la ayuda y las tropas para la causa de los heraclidas.

—Los hijos de Hércules os estarán agradecidos —concluyó Hilo.

2

El sacrificio de una virgen

Un rumor sordo de pasos que se arrastraban alrededor de los templos sagrados de la acrópolis mostraba, aún en la noche cerrada, la intensa actividad en la ciudadela ateniense. Muchos ojos vigilaban desde lo alto cualquier movimiento de los argivos en torno a la ciudad de la divina Atenea. Habían pasado ya siete meses desde la visita del heraldo Copreo y a los rumores de un gran ejército argivo que marchaba contra Atenas habían seguido la terrible confirmación de hechos. Con el rey Euristeo a la cabeza, los soldados de Argos habían plantado sus huestes en el Ática para desafiar y enfrentarse a las tropas de Demofonte y arrebatarles así a los suplicantes heraclidas que tenían acogidos en la ciudad, pues tal era el temor del argivo, que prefería enfrentarse a una guerra hoy que a los hijos de Hércules mañana. Los ánimos habían estado muy tensos los días previos al establecimiento del campamento

de Euristeo. Volaban los reproches entre las facciones de la ciudad hacia el gobierno del rey Demofonte, que había optado por tomar la voz de los jóvenes heraclidas y defenderles de las pretensiones del heraldo Copreo, que con la palabra se defendía ante los nobles:

—Ya sabéis, atenienses, que el rey argivo ha traído a nuestras puertas a su poderoso ejército. Yo mismo me he desplazado a verlo, pues el caudillo que sabe guiar a un pueblo no ha de observar al enemigo mediante mensajeros, sino en persona. —Hubo murmullos de aprobación entre los atenienses—. Euristeo todavía no ha lanzado a sus tropas contra nosotros, sino que nos vigila con atención, sentado en un promontorio rocoso, observando día y noche nuestros movimientos, tratando de identificar el lugar por donde podría introducir su ejército en nuestra tierra.

La preocupación cundía entre las familias más importantes de los eupátridas, como se conocía a la nobleza ateniense. Las ricas dinastías veían peligrar su plácida existencia ante el empuje del enorme ejército argivo, famoso por sus éxitos en la batalla y con el que había puesto por fin término al enfrentamiento merced a una tregua duradera. Pero la decisión de Demofonte de acoger a los suplicantes en los altares sagrados de Atenas precipitó el cerco que había establecido Euristeo contra la ciudad del Ática. El rey intentó acallar los rumores:

—No temáis, atenienses, que también nosotros hemos dispuesto de forma conveniente nuestros recursos. Toda la ciudad está en armas.

En efecto, los guardianes de la acrópolis vigilaban a lo lejos los movimientos del ejército argivo.

—También hemos cuidado de consultar con los dioses —continuó el rey—. Dado el excepcional momento, contamos con algunas víctimas dispuestas a ser sacrificadas. Los oficiantes están preparados para cumplir el sacrificio de la víctima elegida, si fuera preciso. Toda Atenas hace ofrendas por mano de los sacerdotes con trofeos y primicias que ruegan por la salvación para la ciudad.

Dudaban los atenienses sobre la voluntad de los dioses y se hacían eco de los rumores de todo tipo que aparecían sobre la decisión que había tomado Atenas. Por eso, Demofonte había previsto también una llamada al consejo, ante la inquietud general y también ante la desesperada situación de los heraclidas, que sentían la animadversión de los atenienses, con motivo de la llegada de los enviados al oráculo. El rey de la ciudad, tras reunir en un lugar a todos los cantores de oráculos, decidió enviar también veloces legados a Delfos para comprobar la voluntad de Apolo y compararla con las antiguas respuestas de los oráculos, tanto las profanas como las ocultas.

◇◇◇

El sol de un nuevo día salió en Atenas bañando con sus rayos en primer lugar la roca sagrada de Atenea, pero lentamente se fue extendiendo por las laderas de la Acrópolis hasta llegar a todos los recovecos de una ciudad que poco había podido descansar en la noche en la que no cesaron el batir de armas y armaduras.

La convocatoria del consejo, entre piedras y briznas de hierba aisladas, presentaba un aspecto progresivamente concurrido. Solo un murmullo al inicio, tenue pero incesante,

el repicar de los bastones de los ciudadanos entre las piedras iba creciendo poco a poco como si esculpieran sobre el terreno su ansiedad. Engalanados con las túnicas que reservaban para este tipo de ocasiones, esperaban solemnes a los enviados en embajada sagrada a Delfos, que se acercaban ya de buena mañana secundados por los guardias y los magistrados. Los sacerdotes se situaron como intermediarios entre el pueblo y los enviados a la embajada sagrada, justo en la mitad del consejo. Poco después profirieron el mensaje inquietante del oráculo que, según aclaraban, habían hecho depender su apoyo enteramente de la voluntad de una diosa: se exigía un sacrificio humano para recabar el apoyo divino.

Ante estas palabras, los allí congregados guardaron silencio, pues sabían que no solo la muerte se cernía sobre ellos. Conocían las historias de otros reinos y otros hombres que habían sucumbido a los letales caprichos de los dioses con tal de alcanzar la gloria o perpetuar la vida de todo un pueblo. Y no pocas habían sido las veces en las que una maldición había seguido al sacrificio requerido, cuando no se había ejecutado interpretando correctamente la voluntad divina. Así, viendo que los enviados no osaban revelar la identidad o condición de la víctima, el más anciano entre los consejeros tomó la palabra.

—¿Cuál es la voluntad de los dioses que priva a tu lengua de la suya? Expón de inmediato lo que os ha sido revelado, pues nadie puede negar eternamente a los dioses lo que reclaman. Estás propiciando unos momentos de incertidumbre a la víctima requerida por los inmortales que podrían haber sido de gloria.

Azorado, el enviado que había tomado la palabra, levantó la cabeza y fue mirando a los presentes con firmeza, uno a uno, comenzando por el consejero que acababa de hablar. Después habló lentamente, pero con voz poderosa, dejando que su mensaje atravesara la multitud para que hasta aquellos de las últimas filas lo escucharan con nitidez.

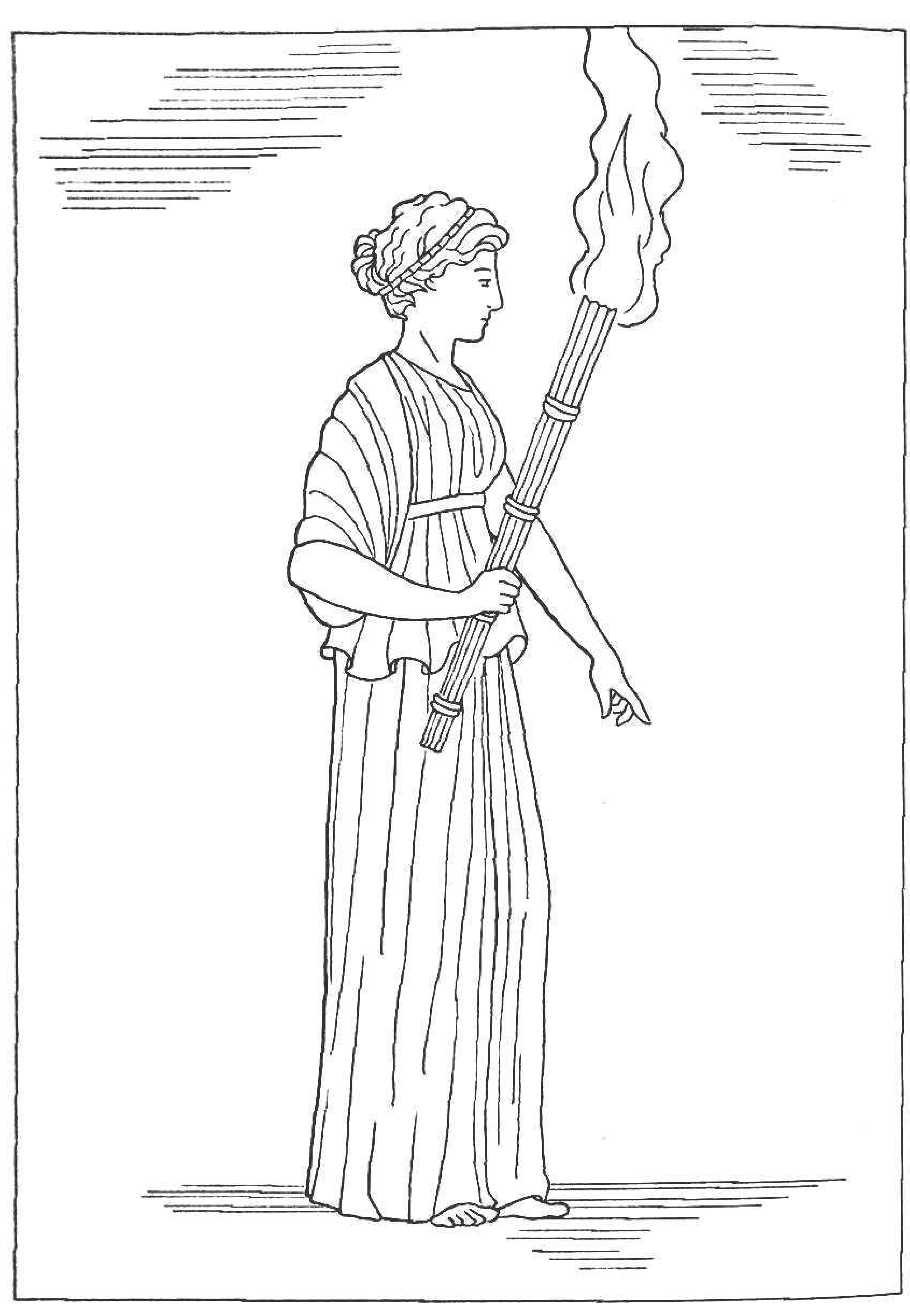
—Perséfone, la reina de los infiernos, reclama la sangre de una virgen noble para inclinar la balanza de la victoria a favor de los atenienses en la desigual contienda.

Ante esto, las exclamaciones y los desmayos, el revuelo y los rumores, corrieron entre las cabezas de los atenienses reunidos en el consejo decisorio de la ciudad. Se separaron para deliberar.

◇◇◇

Caía la noche en el ágora y el conflicto pesaba sobre la ciudad. La luna oscura iluminaba con sombras rosadas los grandes monumentos del promontorio sagrado de Atenas, que intentaba sobreponerse, pese a los muchos lamentos de algunos atenienses y de los gritos incesantes de los niños.

Los heraclidas estaban refugiados en una casa amplia cerca de la Stoa, adonde llegó a verles el rey Demofonte con semblante sombrío. Venía a comunicarles que no tenía el coraje suficiente para pedir a ningún ciudadano que sacrificase a una de sus hijas para protegerlos. Así, los heraclidas temblaban ante la perspectiva de verse abandonados por Atenas y entregados a las tropas de Euristeo, a una muerte segura. En tanto, la joven Macaria, en la flor de su edad y de su belleza, contemplaba en la penumbra el fatídico semblante umbrío de Demofonte como si fuera



La diosa del inframundo reclamaba que se derramara la sangre de una virgen.

una extensión más de aquella noche triste que había de ver la dura decisión del pueblo de Atenas concerniente al oráculo recibido.

—Salud, anciano, salud en esta noche aciaga. Tengo malas noticias, me temo, para vosotros. Por lealtad a mi pueblo no soy capaz de pedirle a ningún ciudadano que sacrifique a su propia hija para salvaguardar la promesa de albergar a unos extranjeros recién llegados.

El silencio que se hizo fue sobrecogedor y duró la eternidad de un minuto. Mientras transcurría, los descendientes de Hércules, pese a su juventud, comprendieron al momento que ellos mismos jamás habrían entregado la descendiente que no tenían para salvar a unos extranjeros, aunque estos fueran los descendientes de un dios. Sin embargo, no por ello era menos desgarrador ver que el poder divino les privaba cruelmente del apoyo de los atenienses. Ese pueblo, recordaban los nietos y biznietos de Alcmena, se aprestaba a ir a la guerra por ellos, para defenderlos. Pero se preguntaban si morir en la guerra los equiparaba a héroes, mientras que ser sacrificados no era sino el destino de los animales concebidos como víctimas propiciatorias.

Tras meditarlo profundamente, Yolao tomó la palabra:

—Sí, por supuesto, divino Demofonte. Comprendemos los motivos de tu preocupación y no queremos que el desgraciado acoso que sufrimos destruya a aquellos que pretendieron ayudarnos.

El rey tomó la mano del otrora compañero de Hércules, emocionado por la dignidad que emanaban de él.

—Tus palabras te honran y demuestran que la vejez, aunque disminuya las fuerzas, aumenta el saber y la distinción.

Comprende que sin la asistencia del poder divino en esta oscura contienda no tendremos posibilidades de éxito. Por eso desesperamos en esta encrucijada.

Ante esas palabras de Demofonte temblaron los heraclidas. Incluso los más pequeños sintieron una terrorífica desazón. La única salida era entregarse a Euristeo, que los conduciría a la ciudad de Argos para una muerte segura. Sin embargo, entre las sombras de la habitación de las mujeres, la joven Macaria dio un paso adelante. Todos contemplaron su semblante grave a la luz de las antorchas y su perfil cortado sobre el cielo de luna oscura. Macaria era una joven pecosa, en la flor de la edad y de su belleza, un exponente de la educación y del coraje de su estirpe. Deyanira, su madre, era conocida por su valor, pues conducía como el más portentoso auriga el carro de guerra. Tras su porte adolescente brotaba ya la fortaleza de una mujer, en los ademanes y en la voluntad, que había arreciado al escuchar las palabras del rey ateniense, como lo hacían los caballos espoleados por su madre.

Macaria había contemplado la larga noche que se extendía ante ella como si estuviera destinada a ser la última. En su joven vida, nunca había pasado una noche entera sin dormir, en vela, absorta en cavilaciones. Contempló la enorme luna, y se le antojó que aquella noche se reflejaba en ella el amarillo cetrino de los infiernos. Entonces resolvió que pronto sus mejillas tomarían aquel color. Una lágrima la sorprendió depositándose en su pómulo, y Macaria se acarició su tersa piel para secarla. Al notar su propia suavidad, la juventud que se agolpaba en su piel y su cuerpo, que aún no se había liberado del todo del vestigio de la niña que fue, la heraclida supo que no quería morir y comprendió entonces que ninguno de sus

hermanos sabría el valor que escondía su sacrificio, por mucho que en lo sucesivo quisieran honrar su memoria

◇◇◇

Apenas se hubo alzado el día, notablemente turbada en su ánimo, Macaria fue en búsqueda del anciano Yolao para que convocase a sus hermanos junto con los notables del pueblo ateniense. Yolao la miró inquieto. Conocía la determinación y la nobleza de su ahijada, aquellas que en su madre cautivaron al mayor de los héroes.

—Seré breve y clara —le espetó nada más entrar—. Quiero entregar mi vida para satisfacer a los dioses, querido Yolao. Nada me lo impide y mis sueños lo han confirmado. Sé de las profecías que se cuentan sobre nuestro aciago destino si no muere la virgen de futuro halagüeño y de noble estirpe. Por eso me presento ante vosotros —continuó—, para deciros que estoy presta a morir por mis hermanos y que mi sacrificio, aunque esté en la flor de la edad y pudiera perpetuar la gloria de los heraclidas por otras vías, tiene todo el sentido ante la petición de la infernal soberana. No tendremos miedo a la hostil tropa argiva, pues yo misma, anciano, estoy dispuesta a presentarme para ser degollada sobre el altar.

Macaria hubo de detener su discurso, pues fue interrumpida por la estruendosa negativa de sus hermanos, expresada con gritos y protestas. Los más pequeños, incluso, lloraban desconsolados, y se aferraban a la tela de su túnica, tratando con tiernos esfuerzos de conducirla de nuevo a casa. Sin embargo, aunque la voz se le quebró un instante, conmovida por el amor fraternal, consiguió reponerse al instante y continuar su discurso.

—Pensadlo bien, hermanos —les dijo mientras acariciaba los cabellos del más joven de ellos, que se deshacía en lágrimas aferrado a su pierna—. ¿Qué diremos si después de que esta ciudad ha creído oportuno correr un gran peligro por nuestra causa, en cambio, nosotros, imponiéndoles trabajos a otros, queremos quedar a salvo y huir de la muerte? Esta actitud sería motivo de reproche eterno para nuestra estirpe si nos limitamos a lamentarnos sentados como suplicantes de los dioses y nos mostramos cobardes a pesar de llevar la sangre del más grande de los héroes.

Cuando Yolao intentó tomar la palabra, avanzando hacia ella, Macaria pasó a dirigirse a los atenienses presentes:

—También a vosotros os pido que no sintáis lástima de mí y que no os angustiéis por no haber entregado a vuestras hijas. Yo soy la hija de Hércules y Deyanira, y debo mostrar el valor inherente a mi estirpe —resolvió—. Escuchad, atenienses, atiende, clemente Demofonte, quiero que mis argumentos pesen como losas inamovibles sobre esta reunión para que nadie pueda rebatirlos.

Alcmena no pudo contenerse y la interrumpió:

—No, querida mía, nunca será así. Como madre y abuela no permitiré que mueras. En ti se une la belleza que hizo que el señor del Olimpo engendrara en mí a tu padre Hércules, del que sin duda has heredado el valor, así como la firmeza del carácter de tu madre. Eres hermosa y noble entre los heraclidas, y eso debe bastar para obligarte a seguir con vida.

—Alcmena —repuso Macaria—, no hay ninguna otra opción. Lo he sopesado desde que escuché el funesto vaticinio. Lo he meditado con mucho detenimiento y la perspectiva de morir no me asusta tanto como la de no poder evitar la destrucción de toda mi familia y la derrota de esta ciudad que nos ha acogido con tanta valentía. Por lo tanto, la decisión está tomada y solo hace falta aprestar al oficiante a disponer de lo necesario para satisfacer la sed de sangre de la infernal deidad.

—Hija mía, tu sacrificio me conmueve hondamente. Había pensado en ofrecer mi propia vida, y así lo sometí a la consideración de los intérpretes de oráculos, pero me dijeron que no había lugar a dudas: reclamaba sangre de una virgen noble.

Alcmena, delante de todos, comenzó a derramar copiosas lágrimas en silencio.

—No llores, abuela querida, porque este sacrificio lo hago bien de mi agrado en contraprestación a tu inagotable bondad y resistencia. Atiende, Yolao, tú que nos has salvado de nuestro más temido rival y perseguidor hasta hoy. Ya ves que las opciones son pocas para sobrevivir. Realmente no diré más sobre los argivos ni sobre el inagotable enemigo de mi padre Hércules. Caiga el oprobio sobre él y sobre los suyos, pues han perseguido a unos jóvenes suplicantes en el altar de los dioses. Ahora, la más severa de estas divinidades, la que fue raptada en su día por el rey infernal y se volvió más dura de corazón que el propio Hades, reclama una vida y sangre para aplacar su sed de venganza eterna y para favorecer a nuestro bando.

Al fin, Yolao se derrumbó sobre los hombros de dos jóvenes, diciendo:

—¡Oh, Macaria, feliz en tu ánimo! Sabe bien que serás la más honrada con mucho por nosotros, tanto viva como

muerta, mientras la estirpe de Hércules tenga pie en la tierra. He de callar ahora, pues me impone respeto decir palabras de mal agüero acerca de la diosa a quien está consagrado tu cuerpo, a la hija de Deméter. ¡Oh, hijos míos! Me siento morir. Mis débiles miembros se desmayan con esta pena sobrecogedora. Apoyadme en un asiento, dejadme ahí: no quiero saber nada más de este trance.

◇◇◇

En el templo de Perséfone todo estaba preparado para el sacrificio. Era un templo casi ignoto, de cuya existencia, en un desvío al camino a Eleusis, muy pocos querían saber, tan solo los sacerdotes iniciados en su culto. Hacia allí se encaminó la triste comitiva, con paso lento y arrastrado que levantaba un polvo inasible en la noche tranquila. Solo los sacerdotes y los intérpretes acompañaban a la víctima propiciatoria, a la que llevaba de la mano Alcmena. La madre de Hércules había cesado de llorar, y marchaba con el rostro sombrío y reseco después de tantas lágrimas vertidas la noche anterior. Cinco pasos por detrás marchaban el rey con los nobles más destacados, que guardaban una distancia reverencial.

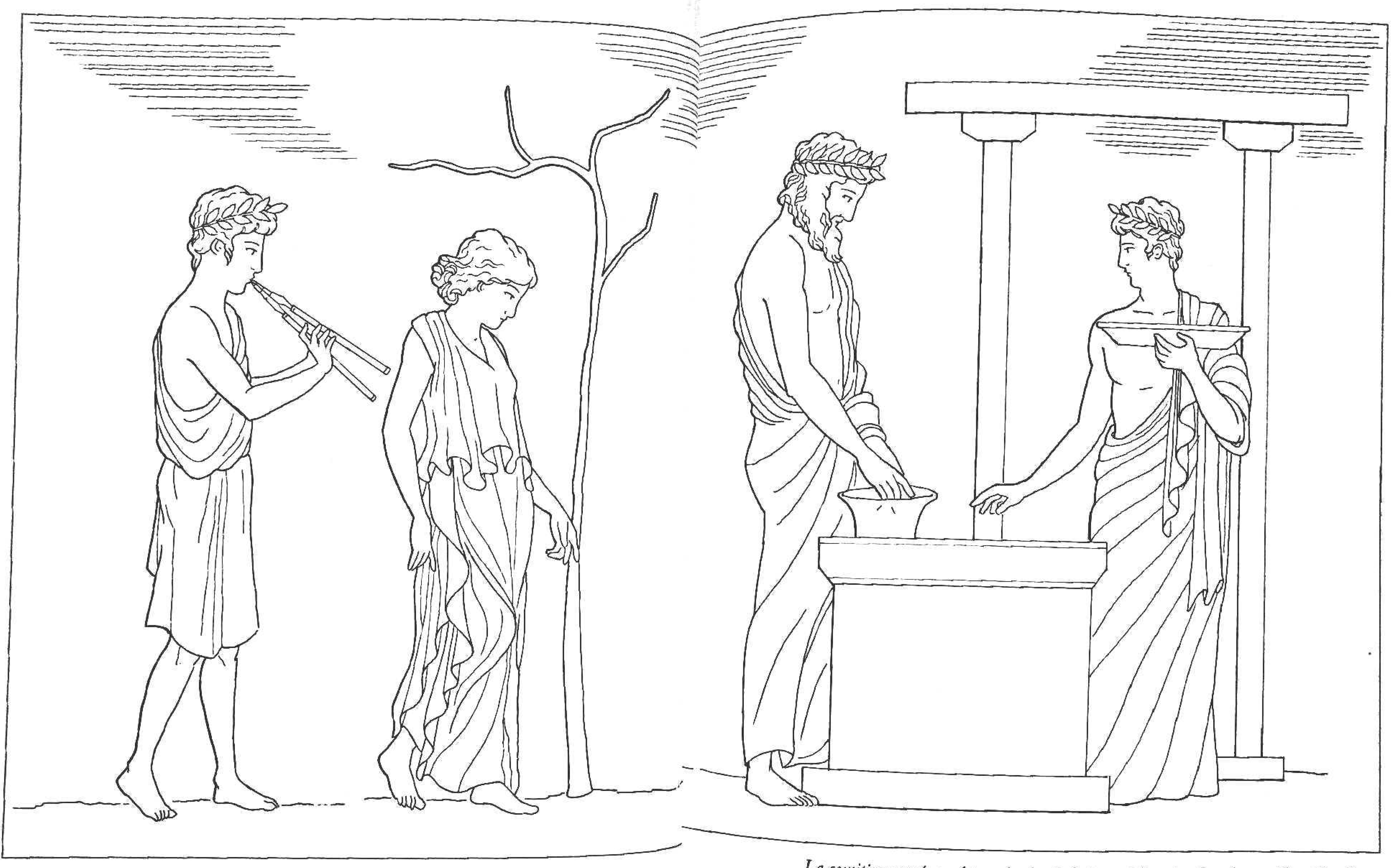
Una vez llegados al recinto sagrado, se dirigieron al interior del templo, donde se abría la gran grieta en la que se habría de verter la sangre de la joven heraclida como una reliquia del sacrificio humano. La inefable reina del inframundo requería que el tributo llegase finalmente a sus dominios a través de la abertura, pasando luego a fluir al mundo subterráneo y a engrosar las corrientes monstruosas de su río de fuego.

Había llegado el momento. El sacerdote rompió el silencio que invadía el recinto profiriendo la invocación precisa en un idioma desconocido. Luego extrajo el cuchillo de su funda y le pidió a Macaria que se adelantase.

Los presentes contuvieron la respiración mientras el cuchillo se dirigía hacia delante. Como se haría con un toro o una oveja, Macaria era sostenida por dos sacerdotes boca arriba y doblaba su cuello hacia la tierra. Sus venas palpitaban casi ansiosas, esperando el contacto con el filo. Lo que normalmente sería un animal de piel humeante ahora era una hermosa joven trémula. Todos esperaban aún que, de algún modo, Macaria pudiera evitar ese funesto destino mientras Demofonte imploraba por la intervención divina. Los segundos fluían lentos y nada ocurría que pudiera impedir el descenso del cuchillo hacia Macaria. Al fin, el filo de la daga tajó la carne virgen de la joven presionando sobre la tersa piel hasta que esta cedió y estalló, para horror de todos los presentes, en un baño rojo. El sacrificio de la joven todavía palpitante hizo brotar un río de sangre que bañó las vestiduras de sus verdugos y empapó la negra tierra por debajo. Se había dado cumplimiento al nefasto oráculo para gloria de la diosa Perséfone.

◇◇◇

Los magistrados, en la no lejana Atenas, observaron la señal del fuego mensajero que anunciaba la consumación del sacrificio en el templo. Un suspiro de tristeza pero también de alivio se liberó del pecho de muchos de los principales caudillos, que tenían que dar la orden de convocar mediante heraldos al ejército, tras el cumplimiento del oráculo.



La comitiva entró en el templo, donde la joven Macaria ofrecería su vida a Perséfone.

El rumor de armas por toda la ciudad hizo entender a los heraclidas que su querida hermana Macaria había muerto para facilitar su gloria futura.

Los más jóvenes irrumpieron en su dolor en medio del ágora mientras los estrategas planificaban la respuesta al ejército de Argos. Ctesipo y Tlepólemo, los más pequeños, se acercaron fascinados a un mosaico sobre el suelo que mostraba un gran mapa en el que se habían señalando las ciudades del Peloponeso. Ctesipo, sin querer, derramó entonces una copa de vino y el rojo líquido se extendió por los surcos del mosaico hasta llegar a las ciudades de Argos, Micenas y Esparta.

3

El reencuentro

Habían transcurrido cinco días desde que los ejércitos argivos y atenienses entraron en formación. Las huestes de Euristeo, que habían llegado hacía tiempo ante los muros de Atenas, estudiaban la situación mientras la ciudad deliberaba qué hacer, ya formadas en orden de batalla. Ese combate marcaría el curso de la guerra: ambos bandos eran conscientes de que de él surgiría el vencedor. Después de que los heraldos hubieran convocado a los capitanes a formar a las tropas de Atenas, uno de los exploradores atenienses dio la voz de alarma al divisar en la lontananza el estandarte desconocido de un destacamento de caballería y otro de infantería que venían a toda prisa desde el norte, a marchas forzadas, para alcanzar la llanura. El suceso cogió a todos de improviso. Alcmena no podía ocultar su regocijo y el rey Demofonte, que al principio temió que fueran tropas adversas enviadas desde Tracia,

donde se encontraban territorios gobernados por reyes afines a Euristeo, y cuyas gentes veneraban a la terrible Hera, descubrió solazado que no era así. No eran tropas en apoyo del bando argivo. Los atenienses divisaron, para sorpresa de todos, y emoción especialmente de los heraclidas, a un contingente a cuya cabeza iba el joven Hilo. Se veía desde lejos al decidido caudillo, el mayor de los hijos de Hércules, en su carro al frente de un importante y variado contingente de diversas partes de la Hélade. Pese a su juventud evidente, asía con soltura las bridas de los caballos, dominando con fuerza los fogosos alazanes que tiraban de su carro. La majestuosa presencia del auriga engrandecía la percepción de su ejército, y la reacción de júbilo de los atenienses fue inmediata. Con las esperanzas renovadas, el pueblo de Demofonte acogió al hijo del héroe divinizado entre aclamaciones y vítores

Hilo, consciente de que, pese a no ser rey, necesitaría un ejército, había reclutado exitosamente varios regimientos de soldados de fortuna de diversos lugares y regiones del norte, desde Tesalia hasta las brumas septentrionales del Epiro y aún más allá, hasta casi llegar a las tierras del Danubio. Aunque las complicaciones de su empresa no estaban lejos de algunas de las pruebas que debió superar su padre para alcanzar la divinidad, Hilo contaba con el honor de ser el primogénito de Hércules. Allí donde se había extendido la fama del héroe, del noble Hércules, allí por donde había transitado, franqueando los límites de lo humano y cumpliendo hazañas sin cuento, en todas esas regiones había dejado un imborrable recuerdo de agradecimiento, y la figura del hijo bastaba para recordárselo. Algunos venían

de ciudades a las que el héroe había beneficiado notablemente y acudían a la llamada por veneración al nombre de Hércules, pero también había voluntarios de ciudades enemigas de Argos, que aprovechaban la coyuntura para deshacerse del intrigante Euristeo, de quien jamás nadie había podido fiarse, pues si osaba en su arrogancia exterminar a toda la prole de un dios, nada los protegería de su capricho siendo simplemente mortales. En cualquier caso, se había logrado convocar a un nutrido grupo de voluntarios para engrosar las filas del regimiento de Hilo, lo que no dejó indiferente a ningún bando.

—Bienvenido, hijo mío —le dijo Yolao cuando el heraclida hubo desmontado del carro—. Desde que nos separamos en Argos saben los eternos que no he dejado de preguntarme por tu paradero, de rezar y de hacer libaciones por tu salvación. Ahora por fin sé que no te capturaron y me emociona ver que te has convertido en digno émulo de tu padre.

Hilo no pudo evitar erguirse al escuchar tal elogio, ocupando con su pecho el vacío que había dejado su progenitor en la memoria de los presentes. Si alguien conocía bien a su padre, ese era el anciano que ahora se encorvaba en su presencia. Se sorprendió pensando que tal vez Hércules tendría en ese momento ese mismo aspecto envejecido, si los dioses no lo hubieran llamado a ocupar un sitio en el Olimpo. Pues es sabido que los amados de los eternos mueren jóvenes.

—Buen anciano, tío querido, dame un abrazo antes de que la moira quiera separarnos de nuevo. —Y el corpulento Hilo cayó literalmente sobre el anciano que, a duras penas,

se mantuvo en pie resistiendo aquella acometida de cariño y nostalgia. Los hermanos corrieron también, entre gritos y alborozo, a abrazar al retornado al tiempo que Alcmena sonreía emocionada a una cierta distancia. Mientras tanto, los principales caudillos del bando ateniense ya ponían a Hilo al corriente de la estrategia de cara a la batalla.

◇◇◇

Los capitanes reclutados por Hilo y él mismo se pusieron a disposición del rey Demofonte, que se aprestó a enseñarles la táctica que habrían de seguir. Pero entonces se oyó un griterío en el noroeste, donde algunos atenienses se habían congregado para vestir sus armaduras. Hilo aguzó la vista, llevándose su férrea mano a la fuente para protegerse del sol. Señalaban al cielo y gritaban, distrayendo a los generales que, junto a Demofonte e Hilo, hablaban de estrategia, y a los sacerdotes que hacían los preparativos rituales para la batalla.

—¡Mirad! —gritaban—, ¡mirad arriba entre las nubes!

Y ante los ojos de las tropas congregadas en la llanura aquella clara mañana se apareció una visión inenarrable. Las huestes atenienses y argivas, cara a cara, al viento los estandartes y los penachos de crines coloridas, gritaron primero y se quedaron mudas después. Los soldados con los escudos en formación, toda la gloria del ejército de ambos bandos. La actividad era incesante. Los caballos bramaban en los carros, y los aurigas apenas podían contener las ansias de aquellos animales de entrar a galope en combate. Los arqueros se aseguraban de que las puntas de sus flechas estuvieran afiladas mientras tensaban el arco sin lanzar

ninguno de sus dardos y calibraban la distancia a la que se encontraría el enemigo, al igual que los honderos. Estos hacían amago de lanzar sus piedras, ajustando la curva de su brazo al lugar por donde deberían llegar sus enemigos. Sin embargo, todos quedaron inmovilizados ante aquella visión que estremeció a los asistentes al prodigio. El firmamento claro, en donde solo se apreciaban algunas nubes que cruzaban en diagonal el cielo amplio de la planicie, comenzó a adquirir un color violáceo. Sobre las montañas del fondo, donde se adivinaba la figura del monte Licabeto y la sombra de la acrópolis, por un lado, y por el otro se intuía la siempre presente línea azul del mar, los cúmulos empezaron a arremolinarse de forma inaudita. El cielo se quebró de improviso en un fragor insólito que se oyó claro y retumbante en el horizonte. Al insante temblaron las huestes de los atenienses y los argivos por igual, pues aquel sonido superaba los clarines de guerra, las flautas y los tambores que habían caldeado la mañana hasta entonces. Aquel tremendo estruendo dejó paso a un poderoso fulgor que atravesó el cielo de norte a sur. Detrás de las nubes y entre los brillos del cielo se adivinaba el cuerpo nebuloso de un enorme varón pertrechado con refulgentes armas. Llevaba un penacho ondeando al viento y un enorme escudo cuya divisa parecía ser un toro con una estrella en la frente, que mugía desafiante en el centro de un laberíntico dibujo de grecas. Gritó entonces el adivino:

—¡Mirad todos! Es el rey de Atenas, nuestro gran Teseo viene a apoyarnos.

Al distinguir este detalle, los atenienses vociferaron queriendo reconocer allí la imagen de su héroe, el muy añorado

rey de la ciudad ateniense, cuya aparición era un prodigio que no podían sino tomar por un excelente augurio. Pero pronto gritaron otros:

—¡No es Teseo, mirad mejor!

Y así, cuando aún lanzaban vítores los atenienses, las huestes tesalias reunidas por Hilo en aquel lugar hacían notar que, a pesar de que la extraña figura estaba todavía bastante alejada, se podía ver claramente sobre sus hombros, en lugar de la capa que era de esperar, la pelliza de un león.

—Observadlo bien —respondía Hilo—, fijaos en la piel que cubre sus hombros. ¡Nos visita mi padre, el gran Hércules, vencedor de otro gran toro!

Así, pronto todos fueron viendo claro que era nada menos que el héroe, el divino Hércules, que irrumpía desde el Olimpo atravesando las nubes con su imponente figura. La piel del león que lo acompañaba lo hacía inconfundible para sus descendientes, los heraclidas, que todos a una aclamaron a su divino benefactor y ancestro. Y ante los ojos de todos, el propio Hércules dio paso en la visión a una figura femenina que flotaba en los aires en su compañía: su esposa Hebe, la alada diosa de la juventud, que sonreía y le tomaba de la mano. La propia Hera le había entregado gustosa la mano de su hija, la diosa de la juventud, adoptando así en cierto modo al bastardo como hijo a su llegada al Olimpo. El magnífico héroe y su esposa flotaban sobre la planicie para apoyar decididamente a heraclidas y atenienses como valedores de los más débiles.

—No importa quién sea ese divino protector —dijo Demofonte, tratando de calmar los ánimos—, sino el hecho



Entre los brillos del cielo aparecieron Hércules y Hebe para apoyar a los atenienses.

innegable de que los inmortales están con nosotros. ¡A la victoria atenienses, aliados, a la victoria!

Entre cantos y vítores, se dio al fin la orden de batalla en sendos bandos. Ninguno de aquellos soldados carecía de valor, por lo que los dos ejércitos marcharon a toda prisa el uno enfrente del otro, dispuestos a demostrar al adversario que las moiras estaban de su parte.

◇◇◇

Durante el transcurso de los cinco días anteriores, ambos ejércitos habían permanecido en la explanada frente a frente. La suerte parecía favorecer a Atenas, incluso tras la tensa espera del regreso de los mensajeros de Delfos, y la demora que supuso la deliberación en el consejo y el sacrificio de Macaria, porque cada jornada que había transcurrido propició que llegaran a tiempo los refuerzos de las tropas que Hilo había reclutado. Cuando se unieron estos aliados, de forma inesperada y providencial, el ánimo de la tropa creció tanto como al ver el prodigio celeste del Hércules armado y de la bella Hebe. Sin embargo, pese a los refuerzos tesalios, los de Atenas estaban en una situación de clara desventaja ante los argivos. A pesar de que habían movilizado a todos los soldados disponibles, la proporción numérica favorecía a las huestes de Euristeo al menos en razón de dos guerreros a uno.

El rey Demofonte transmitió a los suyos que la estrategia ateniense pasaba por bloquear a los argivos en la playa y en las marismas, a fin de cortar la retirada de Euristeo y sus huestes y, a la vez, proteger las alas laterales de los de Atenas. Esta parte débil de su campamento había sido protegida por

estacas. Lo que se trataba de conseguir era aprovechar el gran empuje de los soldados atenienses en el ataque frontal, para producir el caos y la ruptura de las líneas de los infantes argivos, que aún luchaban en una formación tradicional. Era cierto que los de Atenas también tenían carros y caudillos que luchaban a la manera antigua, pero ya habían modernizado su ejército incluyendo ciudadanos que se armaban a su costa con armamento pesado, coraza, yelmo, grebas y pesado escudo, y habían constituido, junto a la lucha en carro, una fuerza de choque de infantería con formación cerrada y muy maniobrable. La parte débil era, sin duda, la vulnerabilidad por los flancos, siendo fundamental para los de Demofonte mantener su táctica y que los carros de los argivos no desbordaran su infantería.

El punto de partida de la batalla fue un movimiento entre las filas argivas justo después de la aparición de Hércules en el firmamento, rompiendo la tensa calma en la que cada ejército se mantenía a la defensiva. Ante eso, Demofonte dio la voz de combate a las huestes atenienses, que ya estaban en formación, gritando: «¡Al ataque!». Acto seguido, se pusieron en marcha los atenienses, al principio con parsimonia pero pronto a la carrera, para dar más fuerza a la carga y llegar con todo el empuje contra el enemigo. Recorrieron la distancia de cien metros que los separaba de los argivos, entre una copiosa lluvia de flechas que dejó algunos caídos, lanzando terribles gritos de guerra. El choque fue implacable y se produjo un estruendo atroz cuando los atenienses atravesaron las líneas argivas limpiamente, haciendo saltar por los aires a soldados enteros o en pedazos, sin verse impedidos por las flechas. Los argivos

fueron totalmente sorprendidos por este choque, porque en verdad no esperaban que la carga de sus enemigos fuera tan devastadora, sino que veían en los infantes, frente al poderío de los carros, un oponente fácil cuyo avance podía detenerse con flechas y lanzas.

Los valerosos soldados atenienses, demostraron que su formación era poco menos que inexpugnable, gracias al contacto con sus compañeros, de lanza y escudo a hombro, y la gran carrera entre el punto de formación y el de choque había provocado que toda aquella pesada masa de carne, músculos y armamento, a toda velocidad, produjera una energía acumulada brutal cuyo impacto arrolló a los infantes argivos e hizo saltar por los aires incluso algún carro de primera línea. Aquel choque tremendo no les dio a los argivos ninguna capacidad de reacción. La vanguardia de ambos ejércitos había trabado ya combate cuerpo a cuerpo y muchos soldados de primera línea habían sucumbido por el enorme esfuerzo del choque. Había innumerables cuerpos en el suelo que hacían del lugar de la colisión una suerte de montículo creciente. Tras la rotura de las lanzas de primera fila, muchos soldados habían sacado ya la espada del cinto porque estaban demasiado cerca unos de otros como para usar otras armas, y luchaban entre sí en una orgía sangrienta entre el estruendo del metal y el griterío. El fragor del combate era tal que apenas se podía oír la voz de llamada de los generales.

Vociferaban los atacantes, gemían los heridos, entrechocaban los escudos y atravesaban las picas y las espadas las armaduras de bronce. Comenzaron a producirse las primeras retiradas y deserciones, en primer lugar de las tropas de las

ciudades esclavizadas por los argivos, que habían sido reclutadas por fuerza. Estas huyeron en desbandada sin mirar atrás, presas del pánico.

◇◇◇

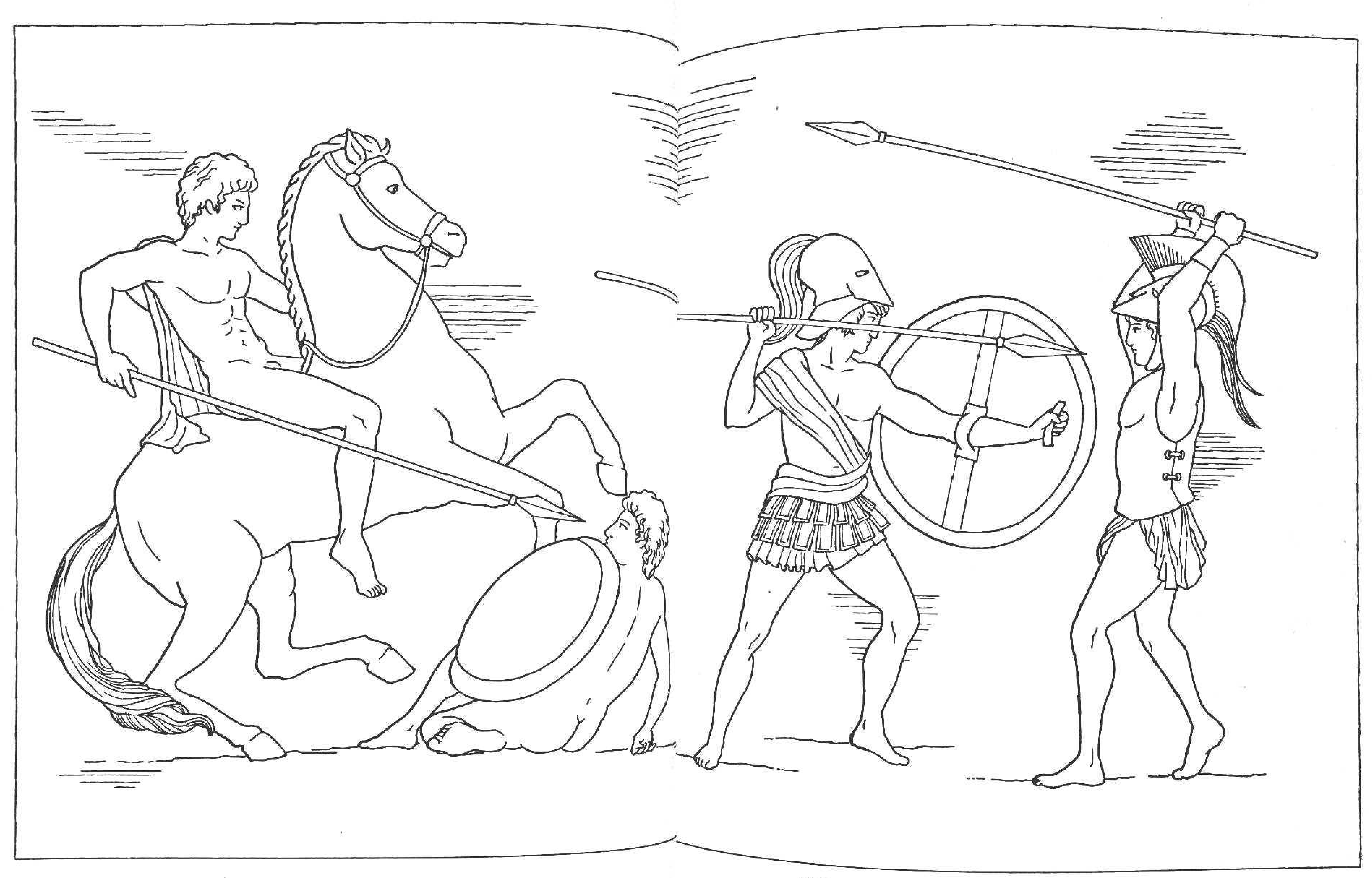
Desde el campamento de base del ejército ateniense, acompañado por Alcmena, el anciano Yolao seguía la evolución del combate a lo lejos, nervioso por el choque reciente e informado de su desarrollo por los mensajeros que continuamente se desplazaban a las tiendas para informar. En la tienda del rey Demofonte, donde se encontraban, se había dejado un sitio a los tutores de los heraclidas: Yolao se sentaba junto con los demás ancianos, lamentándose de no poder participar en la batalla porque ya no le acompañaba el vigor de sus años de juventud.

El mensajero, tras informar acerca de las novedades del campo de batalla, dirigió a Yolao una mirada de insolencia.

—Anciano, tú ya debes ocuparte de otras cosas y no de cargar el peso de una armadura y marchar al combate para trabar lanza y espada con otros guerreros. Esa época ya pasó para ti. Lo mejor que puedes hacer es quedarte aquí rezando a los dioses e implorar que la balanza del combate se incline a favor de nuestro bando.

Con todo el ímpetu del que fue capaz, Yolao se puso en pie de un torpe salto. Podía soportar, como tantos otros héroes al llegar a la vejez, que su propio cuerpo a veces no lo respetara, pero no era capaz de callar ante la arrogancia de aquel recién llegado y replicó:

—Sábete bien, mensajero, que nunca jamás me he separado de mis armas, las cuales llevo siempre conmigo desde los



El fragor del combate era tal que apenas se oía la voz de llamada de los generales.

tiempos en que campaba por el mundo acompañando al gran Hércules —y, dirigiéndose a uno de los niños que lo acompañaba como ayudante, añadió—: Ve a buscar mis armas.

El niño escapó velozmente hasta perderse en la lejanía, sintiéndose adulto por primera vez al ver la importante misión que se le encomendaba. El mensajero esbozó una sonrisa irónica y algo insultante, considerando demasiado débil a Yolao e incapaz de comprender cómo eran las nuevas tácticas y lo que acontecía en el campo de batalla.

—Anciano —explicó el mensajero—, has de saber que actualmente las cosas no son tan fáciles como antaño, cuando solo un duelo singular bastaba. Además, justo en este momento los atenienses han roto las filas argivas y han tratado de separarlas en dos, para aislar al centro, donde está el comando supremo con Euristeo a la cabeza. La ruptura de las líneas ha sido rápida, pero es que eran tropas inferiores, procedentes de pueblos sojuzgados por Argos y obligados a combatir en sus filas. Los argivos siempre guardan a sus bravos leones peloponesios, sus tropas de élite, en torno al soberano, con un destacamento de su guardia personal. Ahora nuestros hombres se están acercando a los más bravos de estos y muchos nobles guerreros han caído ya en la tierra.

Entonces Yolao dirigió sus ojos sobre la tierra negra y lloró amargamente implorando a los dioses su ayuda ante aquel trance. La impotencia de haber sido mejor guerrero que la mayoría de los que allí combatían, unida al deseo de participar de su mano en la contienda, lo llevaron a musitar una plegaria con la que trataba de conmover el espíritu de los eternos.



—Hércules y todos los dioses del Olimpo que habéis decidido hacerlo inmortal a él mismo, ¡ayudadme a mí ahora! Devolvedme el vigor de mi brazo durante un solo día. Hebe, asísteme.

En aquel momento recordó el anciano Yolao a la nueva cónyuge divina de su antiguo maestro y compañero de armas, la alada muchacha que se enseñoreaba del néctar y la ambrosía divinos en el Olimpo y que dispensaba a los dioses la eterna felicidad en forma de tersura y juventud sempiternas. El recuerdo congregó a dos astros que brillaron repentinamente sobre un cielo claro. De pronto, según pronunciaba Yolao su súplica, se enderezó su espina dorsal y los nervios recobraron su antigua fortaleza. Las piernas dejaron de temblar y los brazos se armaron con la potencia de quien antaño era capaz de sostener al héroe sobre sus hombros y podía tensar su arco inigualable. Los cabellos grises y escasos se vigorizaron de nuevo con un rubio esplendor mientras los pelos de la barba se caían y dejaban paso a unas mejillas rubicundas y resplandecientes. Ante el asombro de los presentes y el estupor del mensajero, el prodigio tuvo lugar acompañado de un extraño crujido.

En ese momento, el anciano echó a correr, como llevado en volandas por el propio Hércules y su cónyuge divina, hacia el campo de batalla, enfundándose su pesada armadura mientras recorría velozmente la distancia que le separaba de la lucha.

◇◇◇

El centro del ejército argivo había resistido mejor al empuje ateniense porque estaba compuesto de los mejores guerreros que, a su vez, pudieron hacer retroceder el centro de

las líneas de combatientes atenienses. Estos, sin embargo, lograron rehacer sus flancos hasta envolverlos totalmente, porque los soldados de las alas prefirieron renunciar a la persecución de los fugitivos y de los auxiliares, lo que les hubiera procurado más ganancias de botín, para caer sobre el centro del ejército argivo haciendo una maniobra envolvente y consiguiendo atenazar a la élite de las tropas de Euristeo. La guardia personal de este se cerró, replegándose en desorden para proteger a su soberano, mientras otros huían ya hacia las naves. Los combatientes del centro del ejército argivo, los más nobles, estaban dispuestos a morir en cualquier caso, y en el choque con ellos fue cuando se produjo un cierto equilibrio de fuerzas dentro de la confusión de los movimientos de tropas, provocando que los atenienses perdieran más hombres en ese momento que durante el primer choque entre los dos ejércitos.

Entonces, el valiente Hilo descabalgó raudo y, alzándose en medio del terreno que separaba al núcleo de los ejércitos, gritó a Euristeo:

—Oh, soberano que has venido de Argos, ¿por qué no dejamos en paz a esta tierra de olivos y lechuzas? Piensa bien tu propósito, pues no le harás ningún favor a tu tierra de Micenas si la privas de más nobles hombres. Detén un momento la lucha y escúchame ahora. Emprende batalla tú solo, contra mí. Si logras vencerme y matarme, coge y llévate a los hijos de Hércules. Pero, si mueres, tu ejército se retirará sin ellos y me concederá las honras y el palacio de mi padre en Micenas.

Todo el ejército aclamó esta propuesta, en medio de la matanza, pues demostraba que no solo en la figura igualaba

el hijo al padre, sino que el valor de Hércules aún latía sobre la tierra. Asimismo, el heraclida podría detener el cruento derramamiento de sangre y librarlos de más fatigas.

—No sucederá tal cosa —dijo Euristeo cobardemente, pues el temor embargaba su alma al recordar a su eterno enemigo—, no caeré en las insidias de los heraclidas. Recuerdo bien las advertencias de Hera, la divina soberana de Argos, contra la estirpe del bastardo que su esposo, el todopoderoso Zeus, engendró en Alcmena.

Así, para oprobio de Argos, su rey rechazaba el duelo singular y ni siquiera por vergüenza ante sus propios hombres quiso aceptar. De ese modo, los combates se reanudaron de inmediato y las tropas de élite del ejército argivo embistieron con ímpetu a los atenienses, tratando de acabar con la vida de Hilo. Los argivos, trabando un pie con otro, cobraban firmeza en esa refriega brutal dejando muchos cuerpos de nobles atenienses en el suelo, entre gritos de uno y otro lado.

4

A la sombra de Hércules

En los ojos de Yolao brillaba el fuego de la juventud. Pero no era el fulgor de una mera pujanza juvenil, sino de la propia esencia de la inmortalidad que la divina Hebe le había prestado. Su cuerpo se irguió de repente como si un terrible viento hubiera dejado de soplar sobre él y recuperase su forma justo cuando estaba a punto de abatirse por completo. Entonces sus encorvadas espaldas se abrieron hacia arriba como los girasoles al mediodía, triplicando su envergadura. Alzó los fuertes brazos sobre los hombros, ahora largos y macizos como la cornamenta de un toro. Entonces, el rejuvenecido anciano desplegó los dedos de sus manos, que la vejez había convertido en sarmientos, y los sintió agitarse con nueva sangre. Los quebradizos juncos de sus piernas semejaban ahora dos recias columnas de mármol. Lanzándose hacia delante de un salto sobre ellas se dirigió el guerrero armado a la batalla.

Apenas habían transcurrido unos instantes desde que Yolao arrojase al horizonte el báculo que lo sostenía con el brazo con el que ahora empuñaba una larga espada, y desde que su brazo izquierdo agarrara el pesado escudo. Un enorme soldado argivo salió a su encuentro, un capitán probablemente, se dijo Yolao, hijo de aquellos guerreros argivos que, desde la corte de Argos, habían contemplado la ominosa conspiración de Euristeo contra el leal Hércules. El joven que corría hacia él sosteniendo una pesada espada en su fornido brazo nacería mucho después, se dijo mientras contenía la respiración. Al fin, tras decenas de años de inactividad, los dioses le otorgaban la posibilidad de librar un último combate. Era glorioso, y su mente, por un momento, fantaseó con la posibilidad de perecer con honor en el campo de batalla en aquel cuerpo vigoroso al ver llegar a aquel extraordinario guerrero. Pero fue un pensamiento fugaz, no un deseo. El último afán de Yolao era proteger a los heraclidas. Y con esta firme convicción, aguardó a su contrincante.

Cuando sus aceros entrechocaron, por un momento pensó que su cráneo se partiría en dos con la fuerza de la embestida. Pero, en lugar de ello, sintió cómo se tensaban los músculos de sus brazos y la antigua vitalidad recorría su cuerpo. Ebrio de gozo y violencia por el vigor recuperado, la euforia hizo a Yolao más potente de lo que nunca fuera. En su escudo recibió el golpe del argivo: firme, sin apenas desplazar su cuerpo. Entonces, antes de que su oponente hubiera tenido tiempo de reaccionar, levanto su égida con fuerza, impulsando hacia atrás a su adversario. Este miró por un segundo a Yolao fascinado y temeroso a la par. Mientras, el compañero de Hércules, llevando rápidamente hacia atrás el brazo con el que sostenía el escudo, imprimió fuerza a la diestra que asía la espada, atravesando con ella la coraza de su adversario hasta llegar a su estómago, que el arma traspasó como si cortara el aire. Expulsando sangre por la boca, el enorme argivo cayó desplomado a los pies de Yolao. Repentinamente, el rejuvenecido anciano sintió un gran respeto por su adversario. Una punzada de remordimiento lo invadió, pues siendo ya anciano había terminado con la vida de un digno joven como aquel, y se disponía a hacer lo propio con otros muchos. Pero entonces pensó en los heraclidas, muchos de ellos todavía niños, y lo que Euristeo y su ejército les harían de salir victoriosos. Ese pensamiento le inspiró nuevos bríos, y a golpe de espada buscó el centro del combate con un movimiento fugaz e inspirado.

Como el gran perro pastor rubio que atraviesa la manada de ovejas y no se detiene ante ninguna, como ese sagaz animal que prevé los movimientos ovinos de antemano para cruzar raudo entre las lanudas cabezas, anticipándose al paso torpe de sus patas, así el divino Yolao, inspirado por el pensamiento de su antiguo patrón y protector Hércules, comenzó a deslizarse hábilmente, como un torbellino de violencia, por entre las líneas de los más notables guerreros argivos, descabezando a la élite de sus tropas.

Justo antes de su entrada crucial, cuando se disponía a penetrar en el corazón de la macabra lucha abriéndose paso entre los combatientes, los grandes que encabezaban las principales casas atenienses y argivas se enfrentaban unos a otros. Se había pasado del choque masivo al desafío in-

dividual en el que dos adalides se reconocían mutuamente y casi al instante con la mirada fiera. Porque entonces, como dos montaraces machos cabríos en época de celo, fijaban sus ojos en los ojos de sus pares para un intercambio de ardor guerrero. Y, sin embargo, este cruce de miradas no olvidaba el debido reconocimiento y el respeto al adversario pues, en otras circunstancias, se hubieran acogido mutuamente para comerciar, viajar o visitar a sus familias respectivas, estableciendo vínculos de hospitalidad. Pero un reclamo más urgente enardecía entonces su sangre, la llamada de la ciudad, de la comunidad en armas que solicitaba su ayuda, postrera para muchos. Así, las obligaciones de la hospitalidad entre las casas nobles de Atenas y Argos se mantenían y se convertían también en invitaciones para un duelo singular, un combate entre dos grandes guerreros de uno y otro lugar. Aunque aquí ya no tenían cabida la compasión, aun así, antes de trabar combate, y después del reconocimiento mutuo y de la aceptación de la nobleza del rival, había un momento para llamarse por sus nombres y recordar los dones pasados antes de lanzarse a la fiereza del choque singular. Varios de estos caudillos cayeron de forma casi equilibrada entre los ejércitos de Atenas y Argos, de manera que era difícil que la balanza del combate se inclinara decisivamente a uno u otro lado.

Pero justamente entonces apareció el rubicundo Yolao, ejecutando hazañas sin parar que cogieron por sorpresa a los de Euristeo. El impetuoso guerrero rejuvenecido se abría paso por entre las huestes de Argos con violencia y solicitud, como lo hacía en los tiempos que, siendo apenas un muchacho, acompañó a Hércules a realizar los portentosos

prodigios que le concederían la inmortalidad. Abriéndose camino a través del flanco izquierdo de la batalla ensartando a los argivos en su espada, llegó hasta el centro del combate. Muchos fueron los que trataron de detenerlo, pero pronto solo los más audaces osaron enfrentarse a él. Mientras avanzaba seguía mutilando con su espada, sostenida por el movimiento sincopado de su brazo, con el que cortó a uno en dos por los ijares, esquivando los dardos y los venablos de los argivos y dejando tras de sí un reguero de sangre y miembros amputados.

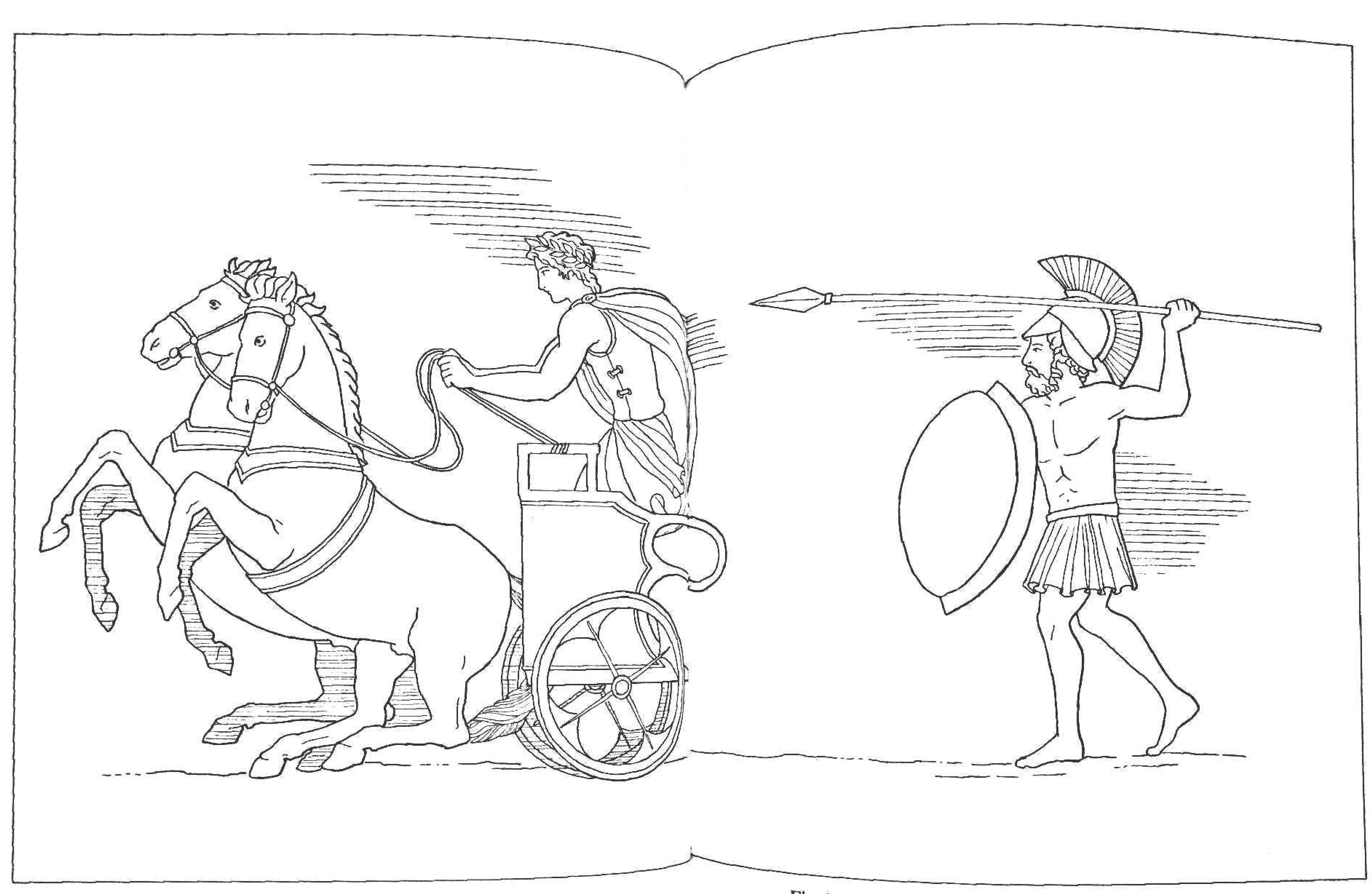
A duras penas y no sin fatigas, los atenienses se repusieron después de algunos reveses y cobraron ánimos con la energía de Yolao. Aquel guerrero rejuvenecido por el poder divino supo infundir vigor también a sus camaradas, que en singular combate estaban deshaciéndose unos a otros arrasando sus cuerpos con las lanzas, los escudos y las espadas en una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo. Yolao los espoleaba con sus gritos, y se introducía por entre las filas más prietas de los enemigos con pleno conocimiento de lo que quería hacer. En un momento, girando sobre sí mismo, quitó de en medio primero a un enorme guerrero argivo separando de un tajo su cabeza y dejando que la sangre fluyera abundantemente por el suelo húmedo de la llanura cercana a la playa. Luego otro argivo intentó plantarle cara, avanzando hacia donde estaba y tratando de cortar su camino con una lanza. Pero Yolao, apoyándose con el pie derecho sobre la greba de la pierna izquierda del rival, saltó ágilmente por encima de su cabeza y, haciendo una cabriola, clavó la espada en el cuello a su enemigo, atravesando el corazón y llegando su punta broncínea a

sobresalir por la ingle. Un par de borboteos fue lo único que pudo proferir aquel hombre herido de muerte, antes de ir a reunirse con sus ancestros en el Hades.

Con el empuje recobrado por los atenienses ante la aparición de Yolao, se logró poner en fuga al ejército argivo. Pero entonces, el anciano joven, viendo que Hilo se ponía en marcha sobre su carro de combate, extendió hacia él la mano derecha y le pidió que lo dejara montar a su lado. La razón de este movimiento era que Euristeo, aprovechando la confusión, pretendía huir a su vez, asistido a toda prisa por su auriga. En el claro que se abrió entre las huestes argivas para facilitar esta fuga, Yolao avistó, con la mirada furibunda y fija, al cobarde rey, su viejo rival. Al cruzarse al momento ambas miradas, Euristeo tembló de miedo, porque había reconocido en esos ojos el ímpetu divino de Hércules: por segunda vez rechazó un enfrentamiento singular y quiso batirse aún más aprisa en retirada, azuzando temeroso a su auriga para que espoleara a sus caballos y salieran al galope de allí. Sin embargo, Hilo audazmente cerró el paso al carro del rey de Argos, y Yolao se lanzó de golpe a sus pies. En el momento en que Euristeo subió de un salto a otro carro y azuzó a los caballos para emprender la fuga, el valeroso Yolao se lanzó con renovado ímpetu y, corriendo tras los equinos que tiraban del carro, logró agarrar los arneses. Con un fuerte tirón los hizo tambalearse y Euristeo cayó a tierra. El rey argivo se rehízo enseguida y empuñó la espada al momento. Yolao se enfrentó a él y le dio dos certeros mandobles que Euristeo bloqueó, retumbando en su escudo y en su coraza respectivamente. Pero los golpes tremendos lo habían dejado aturdido. No

se esperaba el rey Euristeo que tan veloz guerrero se hubiera destacado del grueso de las filas atenienses y, gracias a la velocidad del carro de Hilo y a su propia agilidad, hubiera podido llegar a frustrar su huida en el corazón de la batalla. Entonces el argivo se lanzó a la desesperada contra Yolao y en vano intentó insertar su espada por los intersticios laterales de la coraza. Con un giro raudo de su brazo, Yolao agarró el de Euristeo haciéndole una dolorosa tenaza que le hizo soltar la espada e hincarse de hinojos sobre la tierra empapada en la sangre de tantos héroes. Derrumbado ya su orgulloso rey, que doblaba la cerviz ante Yolao, la contemplación del yelmo de vivaz penacho por tierra fue la señal de que la suerte de los argivos estaba ya echada, con lo que se indicaba a sus guardianes y compañeros de armas que todo estaba perdido. La rendición de Euristeo fue seguida por la de todos sus hombres, que arrojaron las armas e imploraron piedad.

Se hizo un claro entre lanzas y corazas que puso de manifiesto la extraña escena ante las ya aterradas y exhaustas tropas argivas, temerosas de haber perdido el favor de los moradores del Olimpo. Todos se sorprendían enormemente al ver que la efigie del que había apresado al soberbio rey de Argos era la de un anciano en apariencia, pero que estaba revestida de un aura brillante y única y que emanaba un olor extraño, como néctar cosechado de flores de narcisos recién cortados. Todo ello era sin duda parte de aquel prodigio. Euristeo, derribado y aturdido por los golpes, de rodillas ante Yolao y los caudillos atenienses, suplicó que Atenas tuviera piedad y le concediera la merced de dejarlo con vida. En ese instante ya se habían reunido



El valeroso Yolao se lanzó con ímpetu tras el carro para impedir la huida de Euristeo.

Hilo y sus guerreros tesalios junto a Yolao, y los caudillos atenienses, entre ellos el digno Demofonte, soberano que tampoco rehuía el combate en primera fila, sino que, antes al contrario, marchaba lenta y sufridamente, con las grebas manchadas de la sangre de sus víctimas, por el campo del honor. La memorable escena quedó impresa en las retinas de todos cuantos la contemplaban.

—En justa lid —le decía Euristeo entonces— me has vencido, heroico Yolao. Pero yo casi no te reconozco, porque eres un anciano en ropajes jóvenes. Había oído que el autor de tales transformaciones era el gran Dioniso, el que rejuvenece a los ancianos para sus fiestas merced al dulce vino, pero nunca vi que sirviera para la guerra el suave dios del éxtasis y la embriaguez.

—No busques a Dioniso —le replicó Yolao— donde hay otro hijo de Zeus, también habido con una mortal, que es capaz de pedirle a su eterna esposa que el tiempo emprenda marcha atrás, dando nueva vida a los que ya han recorrido un largo trecho de ella. Hebe me dio una nueva oportunidad de blandir la espada como un joven y a ella he de dedicar las prodigiosas hazañas de hoy.

—Estoy rendido ante ti, gran Yolao —dijo Euristeo en tono suplicante—. Solo te pido la piedad que yo no tuve con vosotros.

—Malvado tirano de Argos —se apresuró a responder Yolao—, tú que has perseguido hasta la extenuación a Hércules y ahora pretendías cebarte con sus pobres descendientes, sábete bien que los impíos, los que injurian la memoria del divinizado y asaltan los altares de los suplicantes a los dioses están condenados a la caída por su



soberbia. Nunca habrías conseguido domeñarnos, con tan buenos y fieles aliados, y ahora aquí estás, de rodillas ante mí y ante la noble Atenas después del combate que tantas vidas de valientes soldados argivos se ha llevado, solo por tu insolencia y tu desmesura. —Y añadió, mirando a Demofonte—: Este será conducido cargado de cadenas ante el pueblo ateniense, que sabrá qué hacer con él, pero solo una cosa pido a Atenas: que se obligue a Euristeo a rendir tributo fúnebre a la noble Macaria y a contemplar cómo los jóvenes heraclidas han salido victoriosos de sus asechanzas. No has logrado quitar ninguna de estas jóvenes vidas y la única que falta es la de quien ha querido ser sacrificada para la salvación de sus semejantes.

Seguidamente los atenienses estallaron en júbilo al oír estas palabras, congregados como estaban en torno al rey argivo, caído y derribado, humillado por un anciano que inmediatamente había recobrado su forma y su vejez. Digna de contemplar era la forma en que Yolao había vuelto a su torpeza de movimientos, a su espalda encorvada, a su lentitud de habla y, en suma, a la característica figura de quien ya ha sobrepasado con mucho la madurez. Se establecieron allí mismo, para la gloriosa memoria de aquella llanura, los trofeos del combate que habían vencido los atenienses en aquel lugar. El noble Hilo y el valiente Yolao erigieron por el hermoso triunfo la imagen del señor de los cielos que da la victoria y una estatuilla de la pareja sagrada de Hércules y Hebe. Todos realizaron entonces sacrificios en honor de los dioses que los habían protegido en este combate y que les habían otorgado su favor. Tras la recogida de los caídos y los heridos, a los que se prodiga-

ron los tratamientos que les eran debidos, se organizó una comitiva de victoria hasta la divina Atenas.

◇◇◇

En Atenas, Alcmena y los demás heraclidas, junto con toda la población que había permanecido expectante, esperaban con ansiedad recibir noticias. La celebración con los trofeos y cantos de victoria fue feliz sobremanera también en la gran ciudad, pues se cumplía así el oráculo designado por el dios de Delfos. Los jóvenes hijos de Hércules estaban ansiosos por oír de los labios de los guerreros en qué términos se había desarrollado aquella terrible contienda, quién había descollado más, quién había caído y a quién habría que tributar honores sempiternos. Pero el rumor había traído la insólita noticia de que el término exitoso de la batalla se debía a un anciano que se había convertido en joven y había sido el incuestionable héroe de aquel día. ¡Cómo se sorprendieron al oír que había sido su querido Yolao! Alcmena también se estremeció con el relato de cómo se había aparecido la misteriosa figura de Hércules y de su esposa Hebe, y disfrutó al saber el brillante papel que habían desempeñado Hilo y los demás caudillos aliados de los atenienses, las tropas tesalias y de otras partes de la Hélade que habían conseguido derrotar a los enemigos. Especialmente gozosa era la lista de cuantos pueblos relacionados con los peloponesios habían estado del lado de los heraclidas, pues buena nota tomaba de ello en el Olimpo el gran Hércules, contando cuáles de aquellos lugares de su amada tierra podrían apoyar en un futuro los reinos de sus hijos en su justa reivindicación de los tronos de las ciudades principales.

Así, en la ciudad de los olivos y las lechuzas todo eran celebraciones tras la festiva comitiva que acompañaba a los vencedores hasta el centro de la ciudad para tributarles el homenaje debido. Pero lo más esperado era sin duda el momento del encuentro entre los nobles de la ciudad con el rey cautivo de Argos. Demofonte lo presentó así al pueblo reunido:

—Oh, atenienses, traigo ante vosotros al osado soberano de Argos, aquel que quiso arrebatarnos mediante la violencia de sus armas a los suplicantes que nos habían sido enviados por los dioses.

Un clamor se extendió por todo el ágora.

—Os traigo aquí a Euristeo —prosiguió—, el cruel enemigo de Hércules, el que ha llevado tan lejos su ira y su resentimiento contra el gran héroe que hasta ha intentado acabar con la vida de unos inocentes niños. Lo someto a vuestro juicio.

Y apareció ante el pueblo el rey vencido, injuriado por todas partes. Unos gritaban que debía dársele muerte allí mismo, de muy diversas formas; otros, que lo mantuvieran como esclavo público de por vida. Pero, tras varias consideraciones, se decidió que, después de cumplir la promesa de honrar la memoria de los caídos y especialmente de la valiente Macaria, la vida del rey debía entregarse a los propios heraclidas y, sobre todo, a la voluntad de lo que estableciera la persona más ofendida y dañada por la maldad de Euristeo, la matriarca Alcmena. Demofonte mandó llamarla:

—Reina Alcmena, aquí lo ves: hemos venido del campo de combate trayéndote a Euristeo, algo inesperado por todos, pero que se nos ha dado con la ayuda de los dioses.

Nosotros no lo creímos hasta ver los prodigios en el cielo, pero tampoco lo esperaba él mismo, y mucho menos que había de llegar el momento en que estuviera su vida en tus manos, cuando partía de Micenas con un aguerrido ejército, atentando contra nuestras libertades y contra las sagradas costumbres por causa de un orgullo mucho mayor que la justicia. Pero he aquí que los dioses se pusieron en su contra y su suerte cambió. Tuya es la decisión ahora de lo que debe hacerse con él.

Euristeo se derrumbó, cargado de cadenas, ante Alcmena, sin atreverse a levantar la mirada:

—Ahora aquí lo tienes —dijo entonces Yolao—, aquí está, querida Alcmena, aquí tenéis a vuestro perseguidor, jóvenes heraclidas.

La solemne matriarca de los heraclidas dirigió una mirada feroz contra el rey caído, que no osó mantenerla ni por un momento tan solo, bajando la cabeza.

—Por fin se va a hacer justicia. En primer lugar, atrévete a mirarme. Vuelve tu cabeza hacia aquí y soporta la mirada de frente de esta mujer y de estos niños que tú elegiste como tus enemigos. Ahora estás vencido. ¿Eres el mismo que ideó tantas injurias y ofensas contra mi querido hijo, que ahora nos contempla desde el Olimpo? ¿En qué no te atreviste a ultrajarlo? Tú le obligaste a franquear todos los límites humanos, a vencer a todos los monstruos, a descender a los mismos infiernos. Y no te bastó esta maldad incesante contra tu primo Hércules, sino que por toda la Hélade me perseguiste a mí, su madre, y a sus pequeños retoños, nos hostigaste de ciudad en ciudad, aun postrados como suplicantes de las divinidades.



Alcmena iba enrojeciendo según recordaba la larga historia de la persecución que había sufrido su hijo. En un momento de su discurso Euristeo levantó la vista un segundo y ella, al mirar por fin al asesino a los ojos, se turbó profundamente en su corazón. Pero el derrotado rey no respondía, pues sabía que nada podía decirle a la madre de Hércules, a quien tanto había hostigado, para que le concediera su perdón. Callaba entonces, pues no podía pronunciar una sola palabra a su favor. Pese a que mantenía la compostura y el tono solemne, la abuela de los heraclidas empezaba a sentirse invadida por la rabia ante el silencio de Euristeo.

—Tú, odioso Euristeo —prosiguió—, tú, malvado enemigo del hijo de mis entrañas y de todos sus descendientes, a ti no te salvará ninguno de los dioses que habitan en el Olimpo, pues por mis propias manos te enviaré junto a las infernales deidades que están bajo tierra.

Entonces, ante la furia de Alcmena, que amenazaba lanzarse contra el rey vencido, intervino Demofonte:

—Querida Alcmena, has de saber que las leyes de nuestra ciudad imponen que no se pueda dar muerte de cualquier manera a este cautivo, porque fue capturado como cabeza de su ejército y rey en plena potestad. Puede ser custodiado para siempre en nuestras prisiones, pero no puede ser ejecutado.

Alcmena respondió:

—Soberano, respeto las leyes de la ínclita Atenas, pero tras el sufrimiento que ha creado a la estirpe que Zeus instauró en mis entrañas, he de ver despedazada su carne. Pronto moriré, Demofonte, ya tengo nietos y bisnietos. He sido amada

por un dios y he engendrado a otro. No temo bajar al inframundo y reunirme con Macaria en los infiernos. Pero, si he de bajar al Hades, debo asegurarme de que mis descendientes, cuando les llegue el momento de alcanzarme, hayan encontrado la muerte plácida de la vejez o gloriosa del combate. Sin embargo, mientras Euristeo siga vivo, siempre habrá una posibilidad de que sean perseguidos como liebres por sus perros.

Mientras hablaba, la reina se acercaba lentamente al preso, marcando su desprecio aún más con su mirada que con sus palabras. De repente, sacó de entre los pliegues de sus vestidos una pequeña daga y se abalanzó sobre él. Euristeo cerró fuertemente los ojos, preso por el terror, pero la madre de Hércules fue inmediatamente detenida por dos de los soldados presentes.

La amenaza de Alcmena y la proximidad de la muerte calaron en Euristeo, que había permanecido agachado recibiendo la avalancha de improperios de todos los atenienses y en especial de la reina Alcmena. Al incorporarse tan alto como era, todos pudieron apreciar sus nobles facciones, serenas, su cabello largo, oscuro y ensortijado, como de un león meridional, su frente altiva y decidida. Por segunda vez se atrevió a mirar a Alcmena. Ahora ya no rehuía la mirada de la reina. Tomó la palabra mirando en su derredor:

—Ya sé que no tengo derecho a pretender ninguna merced vuestra, atenienses, ni tampoco recibir compasión de quienes han sido mis más odiados enemigos. Solo quiero decir que algún dios ha tocado mi corazón, al ser derrotado, y siento que debo hablar ahora.

El silencio y la sorpresa de todos fue repentina. Incluso la furia de Alcmena se apaciguó al oír hablar a Euristeo de forma calmada.

—Reina Alcmena, tus palabras son crueles pero justas, y pese a lo que digan las leyes de los atenienses, yo me someto a tu voluntad. Si he de morir, prefiero que sea de la mano de una reina íntegra como tú. Yo emprendí una persecución, como la que tú has mencionado, sí, pero no por mi gusto. Sabía ciertamente que era primo hermano y de la misma estirpe que tu hijo Hércules, pero no tuve otra opción. Fue la celosa Hera, la reina y dueña de Argos, quien me hizo contraer la enfermedad del odio y perseguir al aborrecido bastardo de su marido Zeus con todos los medios y la vehemencia posible. Y una vez que inicié mi hostilidad contra él, envenenado por el rencor en el corazón, y consciente de que no podía evitar este combate, me convertí en el causante de todas las penalidades que has mencionado y, de este modo, en el más implacable enemigo de los tuyos. Pero tú, oh reina, si hubieras estado en mi lugar, ¿no habrías perseguido con males a los retoños de un león enemigo, sino que les habrías permitido insensatamente que habitaran tu casa? No obstante, la sangre que vertí o que hice verter me pesa y por ello te ofrezco mi cuello para someterlo al beso del cuchillo.

∞

Hacía tanto tiempo que Alcmena lo odiaba sin ni siquiera haber oído su voz que casi le costaba creer que fuera humano. Su discurso detuvo el discurrir del pensamiento de la reina. Pero luego volvió en sí y recordó todo el mal que

hizo. Así, como despertando del ensueño que había causado la voz del cautivo, Alcmena avanzó lentamente pero con paso decidido hacia el vencido. Pero Demofonte, de nuevo, intervino:

—No, aquí no se hará como tú pretendes. Si es preciso que este hombre muera deberá ser en otro sitio. Y conforme a las leyes de este pueblo tendrá que ser más allá de las fronteras, más allá de la tierra de nadie que separa Atenas de Beocia.

Euristeo le interrumpió haciendo un gesto con la cabeza y repuso:

—Por favor, déjame morir aquí, déjame que muera en esta tierra. Al sacrificarme sobre esta tierra expiaré mi afrenta contra ella. Cuando muera, enterradme junto a la ciudad, donde decida el destino. Yaceré por siempre en este país como lo que he sido, un extranjero, un enemigo. Sin embargo, una profecía me ha advertido de que reposar en estas tierras salvará esta ciudad cuando en el futuro vengan los descendientes de mi pueblo con un gran ejército traicionando este favor. Solo una cosa os pido, que no permitáis que derramen en mi tumba ni libaciones ni sangre, y vosotros, atenienses, no os portéis con vuestros amigos y aliados como yo hice con las ciudades que sojuzgué.

Así, Euristeo, sin más, se mostró dispuesto a marchar. A continuación se organizó una comitiva sagrada que condujo al rey Euristeo y a Alcmena, junto con un verdugo voluntario, surgido de las filas de las tropas reclutadas por Hilo, más allá de las fronteras de la ciudad de Atenas. Tiempo después un mensajero refirió que el rey Euristeo se dejó sacrificar mansamente y que sus últimas palabras fueron dirigidas pre-

cisamente a la reconciliación con su primo Hércules. El heraldo refirió que, en los últimos instantes de su vida, como sucede muchas veces entre los grandes y fatales enemigos, al ver cercano su paso al otro mundo se dio cuenta de la vanidad de sus esfuerzos. Con la mirada serena les dijo que, dirigiéndose a los infiernos mientras el hijo de Alcmena moraría por siempre en el Olimpo, no habían sido ambos otra cosa que títeres en las delicadas manos de la celosa Hera. Después, prosiguió el emisario, cuando la sangre dejo de manar de su cuello, un intenso resplandor que provenía de la tierra bañó a todos los presentes.

5

La tercera cosecha

La tremenda plaga había asolado la ciudad. La enfermedad hacía que los ojos de los contagiados enrojecieran hasta dar la sensación de haberse convertido en una bestia salvaje, inflamándose después como si fueran a supurar la sangre que los inundaba. Al mismo tiempo, la garganta y la lengua de los afectados tomaban una apariencia sanguinolenta, y más de un heraclida había presenciado cómo aquellos que los habían acogido exhalaban un aliento extraño y fétido. Luego, un intenso dolor descendía hasta el pecho, entre fuertes toses, estornudos y, cuando había alcanzado la altura del estómago, lo revolvía con náuseas y provocaba los subsiguientes vómitos. En una etapa posterior, se producían espasmos violentos y por todo el cuerpo aparecían ampollas y úlceras dejando la piel en carne viva. Los contagiados no sobrevivían más de siete u ocho días, y los pocos que lo hacían perdían la vista y el oído o se

les amputaban algunas extremidades. En el Peloponeso, las hermosas y bien amuralladas ciudadelas, las famosas Argos y Pilos, entre las más señaladas, eran asoladas por aquella horrible enfermedad.

Los heraclidas Hilo y Tlepólemo habían visto sus reinos, recién adquiridos por la espada, devastados por la enfermedad, pues sus nuevos súbditos morían, quedaban amputados o ciegos. Con el fin de tomar una decisión, convocaron un consejo de la estirpe en Argos, rodeada de dolientes enfermos. Se adelantó el gran héroe Hilo para exponer el motivo de aquella reunión:

—Hermanos heraclidas —dijo con voz potente en medio del ágora de Argos—, la situación es insostenible; ¿para esto atravesamos la Fócide, nos acogieron en Atenas y vencimos en Maratón? Nuestra tierra se muere y está claro que un dios nos ha maldecido.

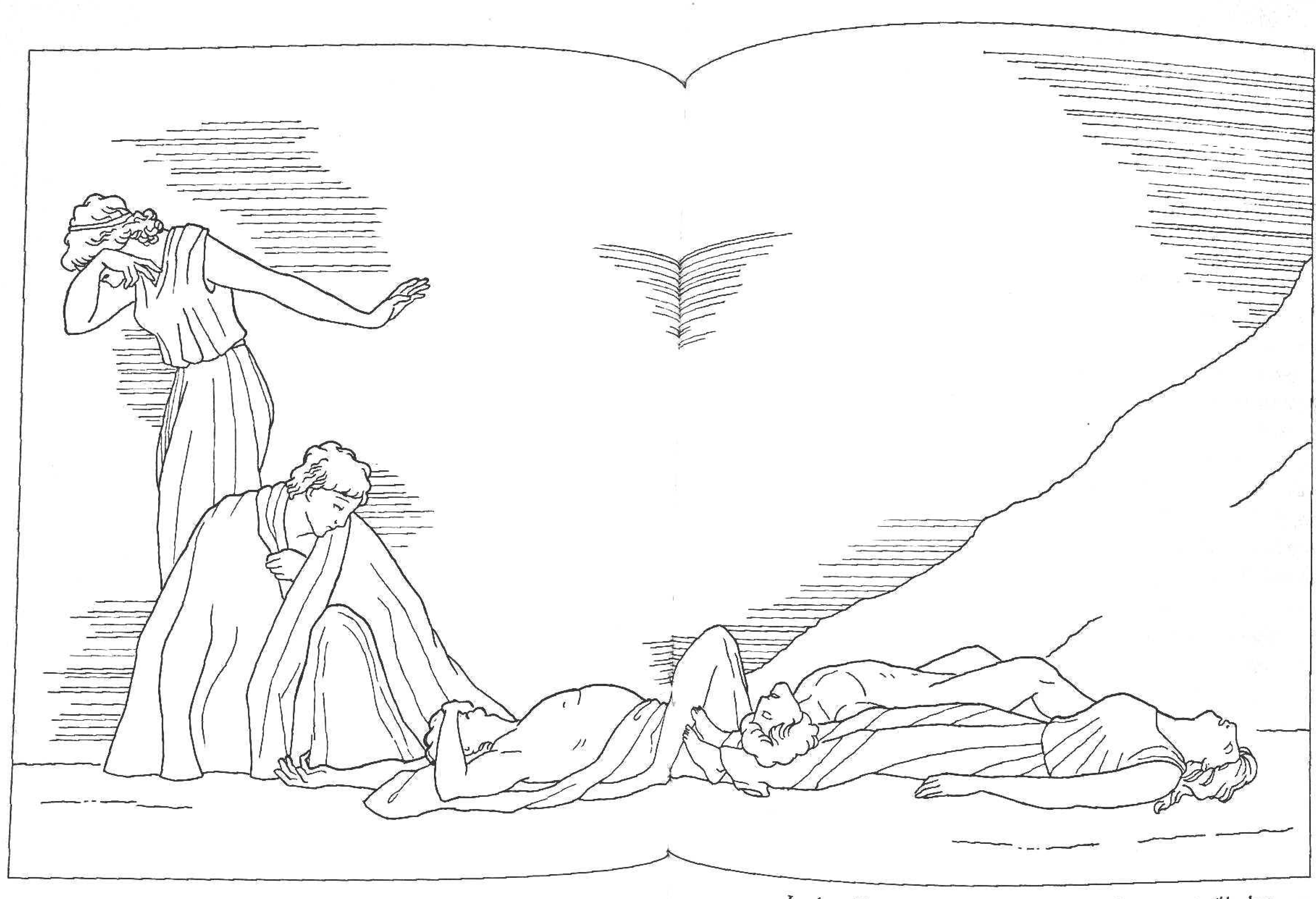
Los hijos y nietos del héroe habían crecido y aumentado sus propias familias y rodeaban a Hilo asistiendo con seriedad a su discurso. Tras todo lo sucedido en la contienda con Argos y después de la muerte de Euristeo, los heraclidas y sus partidarios, encabezados por Hilo, invadieron el Peloponeso, que habían recorrido de norte a sur y de este a oeste, retomando lo que era suyo por derecho y les fue arrebatado por la ira de Hera.

—Tras muchos años de huida —prosiguió Hilo— hemos logrado dominar esta tierra seca y encrespada que nos pertenecía por herencia. Nos hemos extendido por todas las ciudades del Peloponeso rápidamente, sin encontrar resistencia, pues casi todos los pueblos peloponesios nos han abierto sus puertas como libertadores del yugo de Euristeo, ya que no solo extendió el difunto rey su cobardía y crueldad sobre los heraclidas. Pero otros en esa misma tierra seca nos han recibido con la indiferencia más hiriente, cuando no con gran resistencia.

Todos asintieron en silencio. Sabían que su dominio no estaba garantizado porque no contaba con el refrendo divino. Se había visto turbado por la terrible plaga desatada en la región, que provocó una gran mortandad y las quejas de los habitantes de Micenas, Argos, Pilos, Esparta y las otras ciudades. Todos ellos sospechaban que el nuevo reinado heraclida no contaba con el beneplácito de los dioses.

—Hemos de marchar nuevamente a Delfos, hermanos —concluyó Hilo—; vayamos a preguntar al dios en qué hemos errado. Hace tiempo que el anciano Yolao ha seguido a la reina Alcmena en su viaje al Hades. Después de haber conquistado tantas y tantas tierras estarían profundamente decepcionados si vivieran para ver que sus súbditos y nosotros mismos estamos a merced de esta espantosa enfermedad que diezma nuestros territorios. Os propongo, a merced de las circunstancias, que de nuevo, hostigados por los dioses, abandonemos el Peloponeso y marchemos a consultar al oráculo. Dividámonos en dos contingentes. Que un pequeño grupo vaya a Delfos; los demás nos alejaremos de esta región y nos refugiaremos de nuevo en el Ática.

Una pesada aclamación, cargada de preocupación, cundió entre los heraclidas. Entre ellos descollaban ahora algunos caudillos singulares, además de Hilo, que ya había entrado en años, Tlepólemo, también ya mayor o Aristómaco, padre de los jóvenes Témeno, Aristodemo y Cresfontes. Ante la plaga que asolaba las nuevas conquistas, el consejo eligió a



Los heraclidas vieron sus nuevos reinos devastados por una terrible plaga.

Tlepólemo para encabezar la consulta al oráculo, ya que Hilo debía quedarse organizando el regreso.

◇◇◇

Nubes borrascosas se divisaban por encima de la cumbre nevada del Parnaso en un otoño que parecía ya invierno y que alternaba lluvias torrenciales sobre los bosques con silencios solo perturbados por el viento en su ulular. Las copas de los pinos y de los abetos, que abundaban por encima de la ladera, oscilaban de un lado a otro como indicando en un lenguaje secreto las notas de una canción pausada. A través de aquellos bosques, avanzaba una extraordinaria comitiva. Si antaño fueron un puñado de niños encabezados por un anciano, ahora la mayoría de ellos había pasado ya la edad apta para el desempeño de las responsabilidades de la vida adulta. Muchos caminaban con la cabeza gacha y las cejas caídas, con el pesar del que se prepara para el viaje sin retorno al Hades. Se movían como sombras a través de la sagrada calzada que se adentraba en el enorme tabernáculo natural en el que se encontraba el santuario de Apolo, enmarcado en la ladera de un bosque encrespado y marcado por la presencia de las divinidades del cielo y de la tierra.

La comitiva se detuvo en el templo en una tarde lluviosa y tras una breve espera, los sacerdotes dieron paso a los heraclidas. En las sienes plateadas del heraclida Tlepólemo pesaba el tiempo tormentoso, una migraña invencible y el recuerdo persistente de la niñez, cuando había jugado y correteado junto con sus hermanos por aquel mismo lugar que ahora volvía a ver sus pasos perdidos. Ya no era aquel

chico que jugaba con palos y piedras, que cazaba lagartijas entre los sillares del templo o en las eras soleadas del Ática, sino un hombre ya maduro que buscaba un lugar para asentar a su familia. Tlepólemo se tambaleó pesadamente por el cansancio acumulado en el viaje. No podía evitar recordar la cruenta campaña que habían tenido en el Peloponeso que, aunque en apariencia fuera exitosa y veloz, se había saldado finalmente con un desastroso fracaso en forma de pestilencia, que se había expandido por toda la región bajo su nuevo dominio.

Los sacerdotes del templo salieron con semblante serio de la visita a la pitia, porque a Tlepólemo no se le había consentido el paso al recinto sagrado por haber derramado sangre durante las batallas que había librado ese mismo año. Así, al no estar convenientemente purificado, no había podido formular personalmente la consulta. El profeta principal sacó de entre su túnica la tablilla donde había anotado las palabras que se desgranaban de los aullidos de la sacerdotisa.

—Escucha, hijo de Hércules, noble Tlepólemo, nuestras palabras: «Muy pronto llegó el dorio a sus campos y estos se han agostado. Deberá volver a la tierra de la gesta para poner en barbecho sus territorios». Esta es la profecía que recibes.

Quedó Tlepólemo aun más dolorido en sus sienes tras oír estas palabras e intentar descifrar el impactante oráculo que transmitían los intérpretes. Entendió que habían regresado demasiado pronto al Peloponeso y que los dioses no iban a aceptar su gobierno allí, por lo que habían enviado aquella detestable enfermedad. Según creía discernir,

debían volver al Ática, donde se gestó la gloria de los heraclidas, hasta que llegara otra señal precisa de la divinidad indicándoles un nuevo camino.

◇◇◇

Los años pasaron sin remisión. Y no recibieron los hijos de Hércules ninguna otra señal sobre su destino más allá de las canas, la enfermedad, la vejez y la muerte. Nada parecía cambiar el panorama ni se intuía el regreso a las tierras que legítimamente les correspondían. Los años habían transcurrido yermos y sin ninguna buena noticia para los heraclidas, mientras la peste regresaba inexorable cada vez que alguno de ellos osaba regresar al Peloponeso. Pronto la bienvenida presencia de los descendientes de un dios dejó de ser grata, pues en cuanto ellos volvían a pisar esas tierras se desataban nuevos brotes de la devastadora enfermedad.

Refugiados en el Ática, en la que su estancia se había convertido en una realidad más duradera de lo que esperaban, las familias de los heraclidas discutían sobre la postura que debían adoptar.

—Contra el parecer de los dioses —dijo el prudente Tlepólemo, el que había recibido aquel segundo oráculo otorgado a los heraclidas— nada podemos hacer. Es preciso esperar una señal imprevista desde los cielos. O acaso volver a preguntar al dios.

Pero el anciano Hilo le interrumpió de forma agria, pues estaba decidido a actuar:

—No, Tlepólemo, no podemos quedarnos simplemente a la espera —gritó con todas las fuerzas que su aún vigoroso cuerpo mantenía—, marchemos a la lucha ahora. No

hay tiempo para mandar una tercera embajada sagrada a Delfos. No podemos seguir simplemente a la espera. Debemos actuar. El oráculo está claro a mi parecer.

—Pero Hilo —repuso Tlepólemo—, lo más seguro es hacer una nueva consulta al dios de Delfos, esta vez con una pregunta más concreta para obtener la respuesta definitiva.

Las posiciones enfrentadas provocaron una breve pero intensa discusión en corrillos. Mientras que la mayor parte, incluso los indecisos gracias a la insistencia de Hilo, veían necesario luchar de nuevo, otros eran partidarios de esperar una nueva respuesta por parte del oráculo. El prestigio del viejo héroe Hilo logró la aprobación de un nutrido ejército para marchar al combate y regresar al Peloponeso. Saldrían con la luna nueva. El resto se debatía aún entre la espera y una nueva embajada al dios de Delfos.

◇◇◇

La espera fue larga en el campamento heraclida. Un mensajero llegó finalmente e informó de que Hilo había muerto en combate luchando valientemente, pese a su edad, delante de las filas familiares. Pero nadie más escapó para contarlo, y la derrota sacudió de nuevo a la estirpe.

La desesperación empezaba a cundir entre los heraclidas. Los que antes fueron niños y ahora tuvieran sus propias familias, así como los muchos partidarios que los secundaban en toda la Hélade, tenían una enorme desazón porque, pese a todo lo ocurrido, seguían sin contar con el apoyo divino. Tras el fracaso de Hilo, muchos pensaban que, después de haber acudido al oráculo dos veces, Apolo se había mostrado reticente a otorgarles su apoyo porque Hilo y sus partidarios ha-

bían malinterpretado al oráculo. De viejo murió Tlepólemo, esperando en el campamento el advenimiento de una señal divina que no acertaba a ver.

A consecuencia de ello, el consejo de la estirpe resolvió marchar de nuevo a consultar al flechador Apolo. El dios que los hería de lejos con la contagiosa enfermedad debía proporcionarles ahora el dulce remedio por mediación de su oráculo.

Los heraclidas siguieron por tercera vez la vía sagrada que atravesaba las montañas de la Fócide y se internaba en la ladera boscosa entre cuya floresta aparecía descollante el blanco y refulgente perfil de la piedra de los muchos templos que se habían edificado. El sacerdote les dio la bienvenida tras el largo viaje. Por tercera vez estaban allí, tanto tiempo y tanta sangre después, desde aquella antigua visita que protagonizara el anciano Yolao y la reina Alcmena, a la que siguió la del valiente Tlepólemo.

Ante los sacerdotes de Delfos marchaba esa vez no el viejo Yolao, precursor de la gloria de los heraclidas, sino su descendiente Témeno. El elegido para la embajada era un joven vigoroso y con buen ánimo para el futuro de su pueblo. Él era quien había de interpelar en persona a la portavoz de la divinidad, pues como consultante reunía las condiciones para entrar en el interior del templo y obtener el nuevo vaticinio. Cuando estuvo dentro, quiso formular una pregunta más clara y lo hizo con voz resonante ante el colegio sacerdotal.

—La pregunta que traigo, oh dios Apolo, es breve: ¿Qué debemos hacer los heraclidas para retornar a nuestro hogar?

Conducido ante la pitia, no tardó en oír un siseo que preludiaba el estallido del brutal trance. Nada de lo que hubiera imaginado se comparaba con aquella experiencia impactante.



El consejo de la estirpe resolvió consultar por tercera vez al flechador Apolo.

La respuesta de la sacerdotisa, emitida como siempre entre balbuceos inconexos entre el aroma del laurel y el vapor que manaba de la grieta bajo el trípode, fue al fin desvelada en el exterior por los sacerdotes.

—Atended, heraclidas, la respuesta es también breve: «Esperad hasta la tercera cosecha».

Témeno quedó pensativo primero, dudoso, vacilando entre marcharse con aquella respuesta y reunirse con los suyos para descifrarla, como ya lo hicieran en las dos ocasiones precedentes, o preguntar a los sacerdotes la correcta interpretación de aquellas palabras. Su orgullo lo llevaba a la primera opción, pero al final pudo más la prudencia y decidió preguntar:

—Las cosechas pueden ser de grano, de frutos o bien de personas. Pensadlo bien —explicó el sacerdote.

◇◇◇

Poco a poco fueron cayendo en la guerra o en la edad los miembros de la generación de los heraclidas que vivieron las aventuras de la fuga de Argos, el exilio errante y la batalla. El fallecimiento de Aristómeno fue la primera conmoción: todos creían que estaba destinado a una corona en la tierra de sus ancestros. Pero la muerte dio cuenta de él demasiado pronto. En lo que respectaba al ansiado regreso al Peloponeso, la tercera cosecha era, en la memoria de los miembros del clan, el gran enigma cuyo secreto debía ser revalado para abandonar por siempre el exilio al que el ya lejano Euristeo, con la ayuda de los dioses, les había abocado.

Cuando nadie lo esperaba, el anciano Témeno concibió un varón. El insólito nacimiento de su primogénito revo-

lucionó el asentamiento de los heraclidas que quedaban tras las catastróficas derrotas y plagas, así como el resto de reveses sufridos. Aquel alumbramiento fue la primera alegría que había venido a conjurar el estado de abatimiento general durante mucho tiempo. Si siempre era gozoso dar la bienvenida a una nueva vida, un varón era enormemente festejado, pues continuaría la herencia del padre. Témeno, era un hombre ya mayor; no obstante, había algo en su aspecto que aún le confería un aire de joven vivaracho, como si hubiera conservado una chispa del niño intrigante y curioso que fue. El entusiasmo se desataba a su alrededor, mientras las comadronas cuidaban a su esposa. Ambos sucesos, la entrada y la salida de un ser humano en el mundo, eran portadores de impureza religiosa y las mujeres del campamento se apresuraron a purificarla. La casa donde se había producido el nacimiento de la ansiada criatura, que aún no había recibido nombre, fue rápidamente objeto de un ritual con agua y cánticos. Luego, el padre recorrió toda la casa deprisa con el recién nacido en brazos a fin de hacer presente simbólicamente a su nuevo miembro. El feliz padre salió a la puerta de la morada con la criatura en brazos y dijo:

—Escuchad todos, os presento a mi hijo y os emplazo dentro de diez días a participar en el banquete de su onomástica. Hacía mucho que no teníamos motivos para la alegría. Venid y celebraremos su llegada a este mundo.

◇◇◇

Llegado el día del banquete paseaba el orgulloso Témeno por una era cercana a su asentamiento. Era lo más recio del

verano y las cigarras atronaban a su paso, en un lugar donde corría un riachuelo. El sonido singular de esos insectos le hizo pensar inmediatamente en su infancia. El menor de los heraclidas caminaba pensativo y algo melancólico hacia las improvisadas casas que había levantado su familia en las inmediaciones de la senda que conducía a la tierra de nadie que separaba el Ática de la región de Corinto. Al seguir el curso del manantial, de repente le pareció oír los fuertes y decididos golpes de un martillo sobre el yunque en una fragua y, de forma repentina, se dio la vuelta para mirar hacia el lugar de donde provenía el sonido. Pero todavía se encontraba lejos de las casas y ningún herrero había en aquel campo desierto. Al mirar en dirección al ruido que había percibido, un rayo de sol lo cegó momentáneamente, pero no lo suficiente como para que lograra contemplar cómo un águila cruzaba por el firmamento de norte a sur al mismo tiempo que una bandada de cisnes migraba también desde el norte. Un mareo repentino, una sensación de irrealidad turbó sus sienes palpitantes y sudorosas. Se sintió flotar entre ensueños, como si el suelo bajo sus pies estuviera formado por delicadas nubes, con los oídos embotados. La enajenación duró solo un momento, un instante eterno en el que no fue capaz de oír ni ver nada, sino acaso el rumor incesante y el color irreal de lo que le parecieron el murmullo y los contornos de un dios mediador. Justo cuando se temía que aquella situación perduraría para siempre, se levantó el velo que distorsionaba sus mermados sentidos y vio que, durante el tiempo que había estado en vilo, sigilosamente se habían acercado hasta él tres animales muy diferentes: una serpiente, un sapo y un zorro. Tras un desperezamiento algo turbador

de aquel estado de sopor vigilante, que espantó a los animales, Témeno salió a toda prisa hacia su casa, donde estaban esperando los parientes y amigos para el banquete.

◇◇◇

En la sala de los varones estaban todos reclinados ya, en espera del anfitrión. Témeno entró como una exhalación; se detuvo un instante en medio del salón, sin saber bien dónde estaba. Sudaba copiosamente. Tenía el cabello pegado a la frente. Sus ajadas manos colgaban temblorosas junto a su cuerpo. Puso un momento los ojos en blanco, carraspeó y les dijo a todos:

—Sed bienvenidos al banquete de presentación de mi recién nacido. Empecemos con la ceremonia.

Aplaudieron los asistentes y se regocijaron de que, después de una entrada tan extraña, todo volviera a la normalidad. Las mujeres introdujeron en una cómoda canastilla al pequeño. El retoño de Témeno era una criatura preciosa. A los diez días de nacer todavía conservaba las características extremidades rollizas, que movía acompasadamente formando círculos variados en torno a su cabeza y a su cuerpo diminuto perfectamente torneado. En el cesto destacaba, bajo los pañales de tela y la pequeña pieza que lo cubría, la cabeza enorme y desproporcionada de un pequeño bebé con un cabello exageradamente largo para su edad y que caía en bucles en torno a sus orejas. Pero lo que más llamaba la atención, sin duda, eran sus grandes ojos claros, de un color azul indeterminado que hacía soñar a sus progenitores, pese a la penuria en la que se encontraban, con las glorias de su espléndido futuro.

—Como sabéis, en esta presentación lo más importante es dar el nombre. También sabéis que llevamos aquí, en el Ática, muchos años acogidos en espera de que uno de los nuestros, el que interprete correctamente la voluntad de los dioses, logre conducirnos a la tierra que nos corresponde por derecho paterno: el Peloponeso y sus ciudades. Pues bien, para que la nueva generación no olvide cuál es su linaje, he dispuesto que, en señal de perpetuación de nuestra estirpe, este bebé se llame Agelao Heraclida —concluyó entonces Témeno.

Todos los asistentes se pusieron en pie, aplaudiendo sin cesar y entregando los regalos que habían dispuesto para ese acto: tabas, un espejo, juguetes que imitaban templos y carros de guerra, un gallo y una comadreja, entre otros. El pequeño Agelao lo miraba todo con ojos grandes y serenos, sin ninguna muestra de temor o desagrado. Movía las manos en torno a la boca, que abría y cerraba de forma sincopada, en una mueca que todos dijeron ser una amplia sonrisa.

Al terminar el festivo banquete, Témeno se levantó de nuevo para, en apariencia, pronunciar las palabras de despedida. Dijo así:

—Queridos amigos, aquí está lo que queda de los heraclidas, de esa generación de los nacidos del viejo y admirable héroe que nos dio el nombre a todos. Os tengo que aclarar que, después de tanto tiempo de vagar por el mundo, después de tanto sufrimiento y de las muertes de mi abuelo, mis tíos y primos, desde Macaria a Hilo o el valiente Tlepólemo, cuando ya sentía la pesada responsabilidad de ser el representante de esta generación, me parece que nuestro momento se acerca.

Ante la sorpresa general y los murmullos, Témeno pidió calma con un gesto para que lo dejaran continuar:

—El día del nacimiento de este niño, mi primer hijo, el llanto claro del bebé en el regazo materno me sirvió de explicación de muchas cosas. Ya sé que me diréis, los que ya sois padres, que ese estado de maravilla y fascinación de los primeros días de la paternidad entra dentro de lo común. Pero ya sabéis que yo desde pequeño tuve una sensibilidad especial para estas cosas. Siempre he pensado que nuestra familia no escuchó con atención las palabras veladas que manifestaban la voluntad del dios con respecto a su futuro. Mucho he pensado sobre los tres oráculos que se nos dieron, desde que la primigenia Alcmena, nuestra querida abuela y bisabuela, lo consultara. Al obtener la tercera respuesta en el tercer viaje a Delfos, no supimos descifrar su contenido. Cuando nació este niño —dijo, señalando ahora al pequeño Agelao, que lo miraba con ojos enormes y expresivos siguiendo el gesto de su dedo— vi totalmente claro que nuestra gente no podría conquistar la tierra prometida del padre Hércules en este tiempo. No lo verán nuestras manos pues no era una labor destinada a mi generación sino a la que forma mi hijo recién nacido, a la tercera generación de los heraclidas. A ellos se refiere la tercera cosecha. No nos toca a nosotros, sino a este bebé recién nacido y a sus descendientes preparar a su pueblo para marchar hacia el Peloponeso.

◇◇◇

Tantos años después, con los heraclidas originarios ya desaparecidos, cuando los que fueron niños en Delfos con el

ancianoYolao pasaron a habitar el Hades o los Campos Elíseos, la gran estirpe cambió la espada por la clarividencia. Por fin comprendieron la íntima y sutil relación entre los tres tiempos, entre los tres oráculos y las tres generaciones. Se dieron cuenta, gracias a todas las pruebas y decepciones, de la circularidad de todo. Entendieron lo importante que era fracasar en términos humanos para triunfar del tiempo, de la vida, de la muerte, y trascender. Para ello habían sufrido, amado, odiado y luchado, habían ido a los santuarios, habían muerto y enfermado. Pero acabaron por entender el oscuro lenguaje de los oráculos. Entendieron la alternancia de la vida, el ritmo sutil y curioso que hace saltar del gozo a la pena, esencia misma de la sabiduría arcaica, y vieron que, con prudencia y paciencia, todo se alcanza y se desvela la voluntad de los dioses, tan oculta a veces como las causas y raíces de la naturaleza. Solo tras dominar sus impulsos de juventud e imitar a Yolao —rejuveneciendo a través de la nueva generación— se obró el milagro. La conquista final del Peloponeso la encabezó Témeno con su joven hijo Agelao y también acompañado por sus hermanos, Aristodemo y Cresfontes, conquista que consiguió no tanto con la guerra sino con la palabra, estableciendo un reinado que sería inmarcesible. Los nuevos heraclidas honraron con tres altares a Zeus, Hércules y Hebe y se repartieron las tres grandes partes del país. La gran ciudad de Argos y las regiones de Lacedemonia y Mesenia habían de ser, respectivamente, para Témeno y su descendencia, por un lado, y para los hijos de Aristodemo y Cresfontes, por otro. A esos tres altares se acercaron por instinto sobrenatural, los tres animales que simbolizarían la futura historia de cada lugar: un

sapo por Argos, una serpiente por Lacedemonia y un zorro por Mesenia. La aventura había sido una vez más cumplida según el relato oracular, cíclico y generacional que el dios Apolo, consultado por tres veces, les hiciera en referencia a la tercera generación, cuando los padres se convirtieran en hijos: esa fue la respuesta última a los anhelos de estabilizarse de los heraclidas, que cambiaría por siempre el destino de la Hélade.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

La tradición histórica ha considerado el mito del regreso de los Heraclidas como un recuerdo de la invasión doria del Peloponeso que comportó el fin de la civilización micénica. Esa interpretación ha sido puesta en duda por la arqueología y la lingüística modernas, que plantean un escenario mucho más complejo y lleno de interrogantes.

Uno de los asuntos más controvertidos de la historia de la Grecia antigua es el de la invasión doria del Peloponeso. Según la historiografía tradicional, los dorios eran una de las cuatro tribus en que se dividía el pueblo griego, siendo las otras tres la aquea, la jonia y la eolia. Eran originarios de la zona noroccidental de Grecia y hacia el año 1200-1100 a. C. habrían conquistado el Peloponeso, esa península unida al resto de la Grecia continental a través del istmo de Corinto. La destrucción por la mano del hombre, y en torno a esa fecha de los complejos palaciales de Micenas, Tirinto o Pilos, confirmada por las excavaciones arqueológicas modernas, parecía confirmar esa hipótesis. También la introducción de novedades supuestamente traídas por esos invasores, como el hierro para la forja de aperos y armas, la costumbre de incinerar los cadáveres y, muy especialmente, un dialecto del griego, llamado precisamente dorio, que acabó imponiéndose en el Peloponeso excepto en su región central, Arcadia.

El héroe epónimo de estos dorios era Doro, hijo de Helén, mas este acabó viéndose eclipsado por Hércules, quien, siendo de origen argivo, esto es, peloponesio (por parte de su madre, Alcmena, era nieto del rey Electrión de Micenas, hijo a su vez de Perseo, el vencedor de Medusa), se convirtió en el héroe dorio por excelencia. Esta vinculación doria surgió a raíz de la ayuda que prestó a un hijo de Doro, Egimio, en su lucha contra los lapitas. En agradecimiento, este adoptó a Hilo tras la muerte de Hércules y le dio parte de sus tierras en el Epiro. Hilo, por tanto, habría marchado hacia el Peloponeso al frente de un contingente formado por los dorios sobre los que gobernaba, y lo mismo harían sus descendientes.



Detalle del llamado Vaso de los Guerreros *(Museo Arqueológico Nacional de Atenas), una crátera realizada hacia 1200-1100 a.C., esto es, en el periodo en que se sitúa el colapso de la civilización micénica. Los soldados representados se han interpretado tradicionalmente como dorios por el tipo de casco con cuernos, escudo redondo y grebas como protección de sus piernas.*

LA VERSIÓN DE LOS MITÓGRAFOS

El regreso de los heraclidas se ha considerado tradicionalmente como el recuerdo mítico de las distintas oleadas de esa invasión doria que puso fin a la civilización micénica y abocó a Grecia a una «edad oscura» que se extendería a lo largo de unos cuatrocientos años. Se trata de una historia bien documentada por los mitógrafos e historiadores antiguos. La versión más difundida es la dada por la *Biblioteca mitológica*, atribuida a Apolodoro (siglo II a.C.): a la muerte de Hércules (o en palabras del autor, «después de que Hércules se fuese a vivir entre los dioses»), sus hijos fueron perseguidos por Euristeo de Micenas hasta que alcanzaron el Ática y, como suplicantes, pidieron ayuda en el altar de la Piedad. Los atenienses se la concedieron y entablaron combate con el rey peloponesio, quien perdió la vida a manos de Hilo. Esta muerte del más enconado de los enemigos de su padre imbuyó de confianza a los heraclidas y los decidió a marchar hacia el Peloponeso del que Hércules era originario. La conquista fue exitosa, pero los invasores hubieron de retirarse después de que una epidemia asolara el territorio como castigo por «haber regresado antes de lo que debían», según aclaró un oráculo. Tras varias tentativas frustradas, provocadas por interpretaciones erróneas de otro oráculo que especificaba que habían de transcurrir «tres cosechas» para ese regreso, los heraclidas consiguieron establecerse por fin en el Peloponeso. Habían pasado para entonces tres generaciones (o «cosechas») desde la muerte de Hércules, cuatro en realidad si se tiene en cuenta que los líderes de la última expedición, Témeno y Cresfontes, eran tataranietos del héroe.

Este relato coincide en sus puntos básicos con el que el historiador Diodoro Sículo (siglo I a.C.) hace en su obra *Biblioteca histórica*. En él, además, se incluye la muerte de Hilo, una laguna en el texto

Los hijos de Hércules

La denominación de Heraclidas integra a todos los hijos de Hércules y también a los descendientes de estos, hasta el punto de que en época muy posterior algunos reyes aún presumían de formar parte de ese linaje. Un ejemplo de ello es el macedonio Alejandro Magno, quien se jactaba de provenir por lado paterno de la familia real de los Argéadas, descendientes del hijo de Alcmena. No obstante, el mito del regreso de los heraclidas se refiere, por lo general a los hijos que Hércules tuvo con su última esposa, Deyanira; es decir, Hilo, Gleno, Ctesipo y Onites, además de Macaria, la única representante femenina de esta estirpe, aunque en ocasiones se añada también a Euclea, hija de Mirto. Pero estos son solo una mínima parte de los niños engendrados por el vencedor del león de Nemea con diversas mujeres. La lista, como todo lo referido al personaje, es abrumadora, como prueban los cincuenta y un hijos que, según Pausanias, Hércules engendró en el curso de una misma noche en cuarenta y nueve de las cincuenta hijas del rey Tespio, la mayor y la menor de las cuales tuvieron gemelos. (Apolodoro redondea esa cifra a cincuenta, uno por cada hija). Entre los hijos habidos con otras mujeres destacan Tlepólemo, con Astíaque; Télefo, con Auge, o Agelao y Tirseno, con Ónfale. Por su infortunio conviene citar también a los hijos que tuvo con Mégara, tres según Apolodoro, ocho según el lírico Píndaro, a los que su propio padre mató en un acceso de locura, crimen que fue la causa de los célebres trabajos emprendidos por el héroe como expiación.

de Apolodoro. El episodio en cuestión es tratado con más detalle por el geógrafo Pausanias en su *Descripción de Grecia*: «Cuando los dorios intentaban regresar al Peloponeso bajo el mando de Hilo, hijo de Hércules, los aqueos los vencieron en una batalla en el istmo de Corinto, y Équemo mató a Hilo en el combate singular al que este le había desafiado». Igualmente, Pausanias recupera uno de los personajes más interesantes del mito, obviado tanto por Apolodoro como por Diodoro: el de Macaria, la hija de Hércules. Lo hace cuando describe una fuente en Maratón que lleva el nombre de la joven: «Dicen que los atenienses recibieron un oráculo según el cual uno de los hijos de Hércules debía morir voluntariamente porque, de lo contrario, no obtendría la victoria. Entonces Macaria, hija de Deyanira y Hércules, se dio muerte y dio la victoria a los atenienses en la guerra [con los peloponesios] y la fuente tomó su nombre de ella».

EL COLAPSO MICÉNICO

Según se desprende de estos relatos, el regreso de los heraclidas era para los griegos un hecho histórico indudable. Así lo constataba, de un modo racional y alejado de cualquier referencia mitológica, Tucídides (460-396 a.C.) en su obra *Historia de la guerra del Peloponeso*: «Después de la guerra de Troya, Grecia todavía siguió sometida al proceso de migraciones y colonizaciones que impidieron la paz necesaria para desarrollarse. [...] Ochenta años después de esa fecha, los dorios con los heraclidas se apoderaron del Peloponeso». Si se tiene en cuenta que entre los antiguos había cierto consenso en situar la caída de la ciudad de Príamo hacia el año 1184 a.C., no deja de resultar sorprendente que el dato aporta-

do por Tucídides coincida en buena medida con la cronología del colapso del mundo micénico... Esa invasión, además, se veía reafirmada por un hecho que cualquier griego de época histórica podía corroborar fácilmente: en las regiones peloponesias de Argos, Lacedemonia y Mesenia en las que se establecieron los heraclidas se hablaba el dialecto dorio del griego. ¿Qué más prueba, pues, era necesario aportar para dar veracidad histórica a esa invasión?

Lo que no hace tantos años se consideraba un hecho cierto ha pasado a convertirse en objeto de acalorada discusión por parte de la comunidad de historiadores. A ello han contribuido las aportaciones de la arqueología y la lingüística. La primera de esas ciencias pone en duda que el colapso de los centros micénicos fuera debido a una invasión. Es cierto, se han hallado pruebas irrefutables de que sucumbieron por la acción del hombre, pero no así trazas ni de irrupción ni de asentamientos nuevos, como cabría esperar de un pueblo invasor. Al contrario, es como si esos conquistadores se hubieran desvanecido sin más en el extraño vacío de la edad oscura que siguió a la civilización micénica. Además, esa destrucción no solo afectó a los enclaves peloponesios, sino también a otros micénicos más septentrionales, como la beocia Tebas. ¿Qué sucedió entonces?

Para algunos historiadores, la responsabilidad del colapso micénico corresponde a los llamados Pueblos del Mar, una heterogénea coalición que, en su migración hacia Oriente Próximo, se llevó por delante no solo ciudades como Micenas, sino también el poderoso Imperio hitita y a punto estuvo de hacer lo mismo con Egipto. Ello explicaría que no hubiera nuevos asentamientos: simplemente, esos migrantes pasaron de largo. Eso sí, la destrucción debió de ser de tal calibre que los supervivientes se vieron condenados a una existencia precaria que duraría hasta el siglo VIII a.C. Pero esta explicación tampoco es satisfactoria, sobre todo porque muchos enclaves micénicos destruidos no son precisamente costeros. Por ello, otros historiadores prefieren hablar de un colapso interno provocado bien por guerras entre unos centros y otros, bien por una revuelta antimonárquica generalizada, o bien por el hundimiento del propio sistema micénico por la rigidez de su aparato burocrático, la falta de recursos propios y la pérdida de sus relaciones comerciales con el Mediterráneo oriental. A estas causas pueden añadirse otras naturales, como una prolongada sequía provocada por un cambio climático, o alguna epidemia.

LOS DORIOS YA ESTABAN AHÍ

Lo más probable es que el fin del mundo micénico se debiera a una combinación de factores y que, como tal, fuera un proceso dilatado en el tiempo. La tesis de la invasión doria, por tanto, se ve hoy como una solución algo simplista, resultado de aceptar la explicación que los propios griegos se habían dado. El principal argumento de esta, la irrupción del dialecto dorio en el Peloponeso, ha sido también cuestionado por la lingüística. En la década de 1950, el arquitecto y aficionado a las lenguas clásicas Michael Ventris (1922-1956) y el filólogo clásico John Chadwick (1920-1998) consiguieron descifrar el sistema de escritura micénico, el Lineal B, a partir de la intuición de que se trataba de una forma de griego arcaico. Acertaron. En poco tiempo consiguieron dar sentido a unos textos que, para decepción de muchos, no eran ni cantos épicos ni tan siquiera himnos religiosos, sino áridas relaciones de arrobas de trigo o cabezas de ovejas que entraban o salían de los almacenes palaciales, pero que demostraban que los habitantes de Micenas, Tirinto, Pilos u

Orcómeno se expresaban en griego. Posteriores estudios incluso han identificado una mención a los dorios en la forma *do-ri-je-we*. Más allá fue Chadwick, quien defendía que la lengua de las tablillas en Lineal B revela que ya había hablantes de dialecto dorio en el Peloponeso. Es decir, dorios y micénicos habían compartido espacio y tiempo, aunque, a decir de ese autor, lo más probable es que los primeros constituyeran una especie de clase sometida a los segundos... No eran, pues, invasores, lo que no quita que pudieran tener también su papel en la desintegración micénica.

Todo esto hace que el mito de los heraclidas haya pasado de ser considerado el eco de un episodio histórico al otro extremo: una mera invención concebida para legitimar el derecho de los dorios de época histórica a gobernar el Peloponeso, para lo que habrían recurrido a la figura de Hércules, un héroe oriundo de Micenas que esa tribu había hecho suyo. Aunque también cabe otra posibilidad intermedia compatible con las aportaciones de Chadwick: la de un clan dorio al servicio de los reyes aqueos de Micenas que, en un momento dado, se hubiera visto obligado a exiliarse y que, lejos de contentarse con ello, durante generaciones habría intentado volver hasta que, aprovechando la debilidad micénica, logró salirse con la suya. La idea de «regreso», presente en el mito más que la de «invasión», queda de este modo aún más resaltada.

ATENAS CONTRA ESPARTA

El prestigio de Hércules es tal que ha eclipsado a todos sus hijos, y eso se aprecia en el eco que estos han hallado en las artes literarias y plásticas: prácticamente nulo en estas últimas, escasísimo en las primeras. De hecho, en lo que a la literatura concierne todo se

reduce prácticamente a un único título, *Los heraclidas* de Eurípides (484-406 a.C.), aunque también es cierto que en ello han influido los caprichos de la transmisión textual. Se sabe, por ejemplo, que el primero de los grandes trágicos, Esquilo (525-456 a.C.), ya había escrito una tragedia homónima, de la cual solo ha llegado el título. Igualmente, Eurípides abordó la historia del regreso de los hijos de Hércules en otras obras perdidas, como *Témeno*, *Los Teménidas* y *Arquelao*, esta última protagonizada por un hijo de Témeno. De ellas, al menos, han quedado algunos versos de carácter bastante marcial: «La guerra no tiene por único propósito la victoria; ella quiere ver caer al héroe y al cobarde, es para la ciudad una gran vergüenza. Solo a los muertos da gloria», se lee en *Los Teménidas*.

Aunque hay también guerra en ella, *Los heraclidas* es, sobre todo, la tragedia de la compasión y la generosidad. «El justo está en la vida para ayudar al prójimo», dice Yolao al principio de la obra; «impío es no atender a un extranjero cuando suplica», exclama el coro. Esa es precisamente la idea que encarnan los atenienses en su trato hacia los hijos aún pequeños de Hércules, a los que salvan de Euristeo. Pero Eurípides no se conforma con seguir el mito, sino que introduce innovaciones, como el milagroso rejuvenecimiento de Yolao o la captura y condena a muerte del rey de Micenas a manos de Alcmena. La más importante desde el punto de vista dramático es el sacrificio de Macaria: «Yo seré, anciano —le dice a Yolao—, quien, sin que nadie lo pida, presta estaré a morir y a ser sacrificada. ¿Qué alegar nos cabría si, estando la ciudad a peligrar dispuesta por nosotros, echáramos los trabajos sobre ellos y a morir nos negásemos pudiéndonos salvar?».

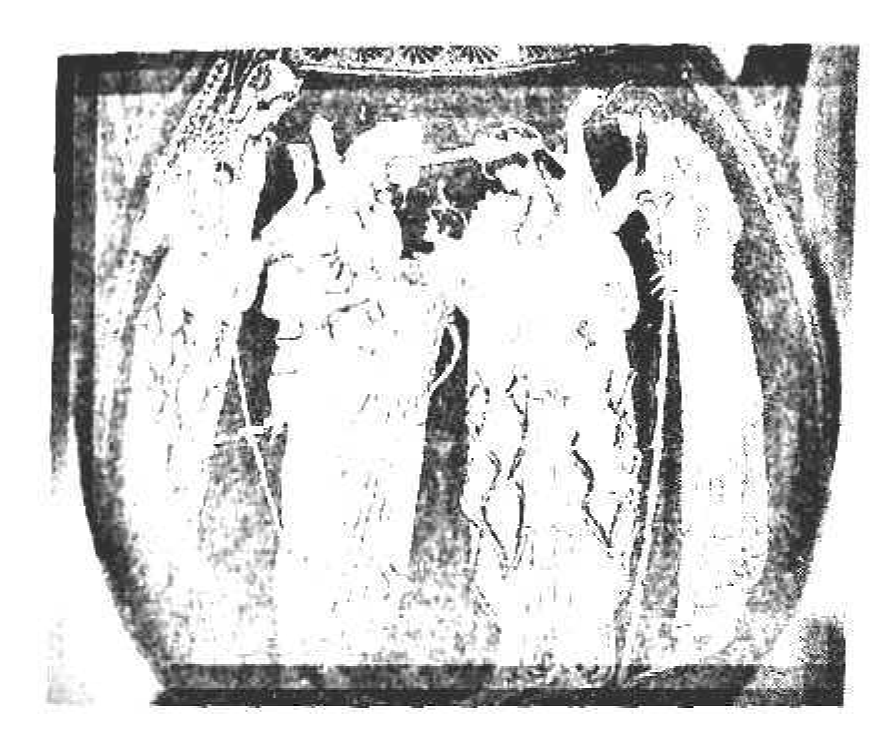
En el fondo, lo que le interesa a Eurípides no es tanto recrear un viejo mito como usarlo para denunciar una situación en la que su público podía reconocerse. Y es que un año antes del estreno de la

obra en 430 a.C., había estallado la guerra del Peloponeso, en la que Atenas y Esparta lucharon a muerte por la hegemonía en Grecia. Con *Los heraclidas*, el trágico recordaba cómo su ciudad se había comportado generosamente con los dorios, de los que los espartanos se consideraban descendientes. La guerra, por tanto, era injusta, más aún porque significaba pagar con sangre la hospitalidad dada. Quedaban así traicionadas las nobles palabras que Eurípides pone en boca de Yolao cuando hace que los heraclidas agradezcan al ateniense Demofonte su ayuda: «En la prueba, muchachos, hallamos la amistad. Si os luce alguna vez el regreso a la patria y hogar de vuestro padre y otra vez recibís sus honras, por amigos tened a los de Atenas, ved en ellos a quienes os salvaron y nunca alcéis hostiles lanzas contra su territorio, sino, en recuerdo de esto, más afectos os sean que otro pueblo ninguno». En este sentido, *Los heraclidas* es una obra patriótica, en la que late el amor de su autor por Atenas, una democracia de ciudadanos libres e iguales, pero por entonces amenazada. Eurípides no vivió para ver el fin de la guerra: murió dos años antes de la derrota de su ciudad.

EL SILENCIO DE LOS ARTISTAS

Si escasos son los ecos literarios del mito, otro tanto puede decirse de su plasmación plástica. Hay personajes que cuentan con amplia tradición iconográfica, como Yolao o Alcmena, pero siempre en episodios anteriores a este del regreso. Ambos aparecen, por ejemplo, en cerámicas griegas pintadas: el primero ayudando a Hércules en alguno de sus trabajos, como la muerte de la hidra de Lerna; la segunda, sorprendiéndose ante la inaudita fuerza de su hijo, como cuando estrangula a las serpientes que Hera había depositado en su cuna.

Una de las escasísimas obras en ese formato cerámico que aborda el tema es un pélice (un tipo de ánfora) de figuras rojas atribuido al Pintor de Policoro y datado hacia mediados del siglo v a.C. En él se ve a los hijos de Hércules bajo la protección de Atenea. Otro pélice del mismo periodo y estilo, del Pintor de la Sirena, lo que muestra es a un Hilo todavía niño sostenido por su madre Deyanira y que se echa en brazos de su padre.





Arriba, pélice de figuras rojas del siglo v a. C. (Museo del Louvre de París) atribuido al Pintor de la Sirena. En él se ve una escena familiar, con la joven Deyanira sosteniendo al pequeño Hilo, que se echa a los brazos de su padre Hércules, representado este último con la clava y la piel del león de Nemea. Abajo, otro pélice (Museo Archeologico Nazionale della Sibaritide de Sibari, en Calabria), este del Pintor de Policoro sobre el mito del regreso de los heraclidas. En el centro aparece el rey de micenas, Euristeo, rodeado por los hijos de Hércules, sobre los que la diosa Atenea (a la derecha) extiende su protección.

Menos interés si cabe ha despertado este mito en tiempos modernos, y eso que Hércules ha sido un héroe abundantemente tratado por pintores y escultores desde el Renacimiento, pero no así sus hijos.

Índice